

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 15

Sept.-oct.-nov. de 2017

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£
América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

El particularismo catalán exasperado hasta transformarlo en nacionalismo e independentismo y la unidad de España esgrimida contra este son consignas exclusivamente burguesas con las cuales la clase explotadora busca colocar tras su bandera a los proletarios de todas las zonas del país.

Frente a ello el proletariado sólo tiene una respuesta que dar:

¡El enemigo está en casa! ¡Es su propia burguesía!

Cinco años después de la multitudinaria Diada de 2012, la tensión entre el gobierno central de España y la Generalitat catalana ha llegado al punto de ebullición [en los días que van del 1-O al 12 de octubre]. Estos años han estado marcados por las exigencias, por parte de los dos presidentes de la Generalitat, Artur Más y Carles Puigdemont, de un referéndum sobre la independencia de Cataluña. Y, por parte del Estado central, capitaneado por el gobierno Rajoy, por la reiterada negativa a la realización de este bajo cualquier forma. De hecho, ya en 2014 hubo un conato de referéndum, pero el escaso éxito del mismo llevó tanto a la Generalitat como al gobierno del país a ignorarlo y, por parte de ambos, a centrarse en la batalla por objetivos futuros aunque similares.

Pero sería absurdo creer que el *problema catalán* se reduce a los términos

de una votación (legal o ilegal, vinculante o no). De hecho, este problema no ha hecho más que crecer, más allá de la versión televisada del mismo según la cual todo lo que estaba en juego es la legitimidad o la ilegitimidad del voto en Cataluña, en torno a problemas bien distintos del «ejercicio de los derechos democráticos». Nadie se equivocará si busca el punto de salida de la escalada de enfrentamientos en el núcleo mismo de la crisis capitalista que asoló el mundo a partir de 2007 y 2008: el enfrentamiento político se deriva de la guerra económica. Las banderas democráticas y legalistas responden a causas mucho más venales; la movilización «ciudadana», en fin, responde a fuerzas materiales de mayor calado que unas simples urnas.

Como hemos explicado en nuestras recientes tomas de posición al respecto

de los acontecimientos en Cataluña, el desencadenante de estos ha sido la rivalidad económica cada vez más intensa entre diferentes grupos de burgueses. Por un lado, aquellos burgueses agrupados bajo el ala del nacionalismo catalán y sus diferentes organizaciones políticas y sociales, el *Cercle de Empresaris*, determinados sectores de *Foment del Treball*, grupos de pequeños industriales duramente afectados por la crisis, vinculados a las grandes explotaciones turísticas por su posición subsidiaria respecto a esta, organizaciones patronales del campo como la *Unió de Pageses*, etc. Por otro lado la práctica totalidad de la burguesía nacional española, especialmente aquella cuyo radio de acción es precisamente nacional e internacional (entre la cual numerosos burgueses catalanes vinculados al ca-

(sigue en pág. 2)

¿Paz en Euskadi? (II)

Marxismo y nacionalismo por el mismo precio

Hasta este punto hemos intentado desarrollar la crítica a las posiciones que sostienen que en un momento u otro de la historia posterior a 1848 el nacionalismo vasco, armado o desarmado, legal o ilegal, ha podido representar una fuerza progresista, **siempre en un estricto sentido burgués**, es decir, asumiendo tareas propias de la revolución democrática, en España. Con ello no pretendemos cerrar el necesario estudio sobre el desarrollo de la cuestión nacional en España, sino vincular una idea genérica que equipara el programa burgués que ha podido

representar el PNV o ETA con la realidad histórica tanto de España como del País Vasco. Para ello se ha tratado de encuadrar el sentido histórico de la «lucha por la independencia» vasca dentro de los límites de un área geohistórica, la euroamericana, para la que rigen factores determinantes comunes, mostrando la imposibilidad de que dicha «lucha por la independencia» supusiese un último coletazo (en 1874 o en 1956) de los procesos revolucionarios burgueses.

Por supuesto ningún partidario de

(sigue en pág. 12)

EN ESTE NÚMERO

- Siguiendo a la burguesía y a la pequeña burguesía, sean estas catalanas o españolas, el proletariado sólo logra fortalecer las cadenas que le atan a la explotación capitalista. Frente a las consignas reaccionarias de «república catalana» y de «unidad de España» sólo hay una vía: ¡El retorno a la lucha de clase!
- Referéndum en Cataluña: ¡Contra la «unidad nacional»! ¡Contra todo particularismo! ¡Contra la colaboración entre clases! ¡Por la lucha independiente de clase!
- «Paro nacional» en Cataluña
- Naturaleza y objetivos de la revolución cubana (II)
- Dos nuevas ediciones de la Dialéctica de la naturaleza, de Engels
- Lee el proletario
- Atentado en Barcelona: Terrorismo yihadista y democracia, dos banderas de la burguesía
- Nueva edición en castellano: Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia...

El particularismo catalán

(viene de la pág. 1)

pital financiero de proyección europea y americana) y muy especialmente aquella que tiene en España, y por lo tanto en Cataluña, que es su principal región económica, el vivero de beneficios desde el cual financia su asalto a otros mercados fuera del país. Esta burguesía se ha colocado tibiamente detrás del gobierno del país y sólo en los últimos días ha tomado una posición de apoyo inequívoco a este volviendo a agitar la bandera de la unidad nacional a través de organizaciones pantalla como *Sociedad Civil Catalana* y grupos de extrema derecha. Además, a estos dos actores principales se les unen otros secundarios, como las pequeñas burguesías locales ligadas a la estructura autonómica del Estado, interesadas en el mantenimiento de un sistema económico de cohesión de ámbito nacional, a través del cual se produce la redistribución de rentas que ellas mismas parasitan.

Sobre este fondo de guerra económica y comercial se ubican después los diferentes actores políticos y es partiendo de él como se puede entender su comportamiento una vez desechadas por estúpidas las consignas patriotas, cívicas y democráticas: ¿es el PSOE de Andalucía defensor de la unidad del país mientras que el PSC partidario de un Estado confederal? La respuesta hay que buscarla en un PSOE andaluz que gestiona las rentas provenientes por la vía fiscal desde Cataluña y en un PSC firmemente ligado a un empresariado catalán que ve menguar el fondo del *canut* con las «exacciones» tributarias de la Hacienda española y no en una identidad nacional hispano-andaluza ni en un giro nacionalista del partido tradicionalmente anti catalanista del cinturón rojo de Barcelona.

Desde las negociaciones sobre el Pacto Fiscal entre el gobierno central y la Generalitat de Cataluña, verdadero punto de partida en este enfrentamiento, hasta la progresiva pérdida de influencia económica de la burguesía catalana gracias al dinamismo comercial de sus competidores peninsulares directos (piénsese hasta qué punto el corredor mediterráneo no puede suponer la puntilla a la hegemonía comercial catalana en términos de comercio intercontinental y hasta qué punto este hecho no bastaría para plantear la independencia como chantaje no contra Madrid sino contra Algeciras, Cartagena, Valencia... y Euskadi) la *guerra sucia* comercial, económica y política ha sido el pan nuestro de cada día entre burgueses de uno y otro lado del Ebro, involucrando incluso a esas grandes empresas que son los clubes de fútbol, movilizadores a la vez de ingentes volúmenes de capital y de inmensos contingentes de proleta-

rios ebrios por el opio cuasi religioso de cada domingo.

Pero quien espere encontrarse a una *burguesía catalana* y a una *burguesía española* netamente definidas, cada una tras su pendón de guerra (ambos con los mismos colores, algo que debería dar que pensar a todos los imbéciles defensores de la esencia sagrada de una y otra) y con sus armas dispuestas contra el enemigo... Se equivocará de medio a medio. La burguesía es una clase parasitaria: Parasitaria del trabajo proletario, del cual extrae la plusvalía, y parasitaria del capital en que se transforma dicha plusvalía. Es, por lo tanto, una clase que aparece como reflejo político y social de la circulación de mercancías y capitales: una clase nacional que surge de un entramado que es internacional por definición.

La lucha política entre diferentes grupos burgueses no tiene, por lo tanto, su origen en dos capitales, en dos burguesías nacionales perfectamente definidas, sino en la presión que estos grupos ejercen a través de sus diferentes armas jurídicas, legales, policiales, militares, para apropiarse de una cantidad mayor del beneficio generado en términos sociales y no nacionales o locales. El burgués de Zaragoza tiene una íntima relación con el de Reus, forman parte de la misma estructura reticular, pero ambos quieren acotar para sí una parte mayor de ésta imponiendo su fuerza a la del colaborador-adversario. Hablar, por ello, de burguesías catalana y española es una fórmula sintética que, si bien ayuda a resumir en pocas palabras la naturaleza del enfrentamiento económico, se deja por el camino buena parte de la explicación necesaria. De hecho, han sido históricamente las corrientes pequeño burguesas que se han intentado vestir con el traje socialista, quienes han individualizado a la burguesía y al capital, poniéndoles no sólo levita y chistera sino también nombre y apellidos: las *trescientas familias catalanas* o los *señores del IBEX 35*, son afirmaciones estúpidas que contienen en sí mismas la negación del capitalismo como hecho social y no individual, como conjunto de relaciones económicas y no exclusivamente jurídicas. Lo contienen, claro, porque frente a las grandes finanzas, corruptas y perversas, estos adalides del capitalismo con rostro humano, quieren imponer la idílica visión del comerciante a pequeña escala, del industrial «popular», del agricultor que cultiva, con uno o dos empleados, su trozo de tierra. Porque quieren un capitalismo de entorno local y familiar, negando que es este, precisamente, el que ha dado lugar al capital financiero, al imperialismo, a la expansión del capital por todos los rincones de la tierra.

Es cierto que la lucha en torno a la cuestión catalana no se ha dado a entender como una lucha entre burguesías.

De hecho, quien afirma algo similar a este enfrenamiento, por simple que sea el argumento, ya parece colocarse en el extremo del radicalismo social: todo el «problema catalán» se ha planteado como una lucha entre dos «legitimidades democráticas», entre dos tipos de refrendo ciudadano al Estado, entre dos legalidades. Por un lado, el conglomerado nacionalista catalán lanzó su llamamiento: ‘puesto que España no quiere admitir la singularidad catalana hasta sus últimas consecuencias, derivándose de ello una situación de agravio principalmente económico, pero también cultural, social, etc., los catalanes deben decidir, en ejercicio de sus derechos democráticos, si quieren continuar en España’. Para ello, referéndum. Por otro lado el Estado español, seguido de cerca por todos sus resortes institucionales y mediáticos, respondió: ‘cualquier «derecho a decidir» reside exclusivamente en la totalidad de la nación española y no puede ser enajenado por una parte de esta a riesgo de incurrir en una práctica anti democrática’. La consigna democrática está continuamente presente en ambos bandos: democracia *es votar* frente a democracia *es la unidad nacional*. Ambos bandos ocultan la naturaleza de sus exigencias detrás de una fórmula abstracta, la fórmula democrática, para presentarse legitimados en sus acciones.

La exigencia democrática ha supuesto, inmediatamente, el posicionamiento de todas las corrientes políticas del Estado español al lado de uno de los dos bandos. Ha cumplido, por lo tanto, perfectamente su papel como lema aglutinador, como reactivo que cataliza todas las posiciones en torno a todas las facciones burguesas en liza. Colocado bajo el foco del desarrollo político más inmediato de España, ha significado el *finis gloriae mundi* de todas las corrientes que, desde el estallido social del 15M, habían pretendido representar la perspectiva de un cambio social (contra la casta, contra la Unión Europea, etc.). Todas ellas han defendido la democracia vindicada por uno u otro bando – generalmente por el bando catalán – como algo que obliga a situarse detrás del grupo burgués que la enarbola. Así, Podemos y tras él todas las organizaciones de la izquierda política y sindical, se han lanzado a defender sin duda alguna a la burguesía catalana que enarbola el referéndum «democrático». A defender, por lo tanto, la causa común con los grupos de presión empresariales, culturales, sociales... nacionalistas. A defender, por lo tanto, no sólo la consigna del voto, sino también la perspectiva de un Estado nuevo, de una policía, de unas instituciones burguesas, de una legislación... demandadas por estos grupos de presión. De esta manera, vemos a la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, pasar de las manifestaciones por

la vivienda -que la lanzaron al estrellato mediático- al abrazo con el jefe de la Generalitat a cuyo cargo estuvo la ejecución de las medidas económicas contra las que decía luchar Colau en su época de manifestaciones callejeras y de campaña electoral. Como hemos visto a las Candidaturas de Unidad Popular, pretendidamente anticapitalistas, defender a los Mossos de Esquadra tanto como a los tenderos de toda Cataluña. Se conoce que bajo las órdenes del comandante Puigdemont los Mossos ya no reprimen ni torturan y los empresarios ya no explotan. La democracia ha quitado el velo de estos «anticapitalistas»: para ellos ha significado darle la mano a su supuesto enemigo declarado.

¿Qué nación?, ¿qué independencia?

Cataluña ha sido la pieza central del puzzle español desde que el desarrollo del capitalismo en el país alcanzó el nivel en el cual prácticamente todos los resabios feudales podían darse por liquidados. En Cataluña existió, desde el primer momento, la mayor concentración industrial del país, la red empresarial más amplia, el mayor número de inversiones de capital y, por supuesto, el proletariado más compacto y combativo. Más allá de los mitos nacionalistas sobre una Cataluña feudal donde las libertades ciudadanas acompañaban a la prosperidad comercial, lo cierto es que Cataluña ha sido, durante al menos un siglo, el centro del capitalismo en España.

Esta relevancia chocó, durante décadas, con la hostilidad por parte de la oligarquía terrateniente española, en cuyas manos estuvo el Estado a lo largo del convulso siglo XIX, precisamente el siglo del desarrollo capitalista. Este Estado, estructurado en torno a una nobleza agraria que mantenía su posición social mediante la alianza con la burguesía comercial y bancaria, tuvo una relación complicada con la burguesía industrial catalana. Por un lado, las exigencias de modernización que esta burguesía quería imponer al conjunto del país, exigencias que giraban tanto alrededor de las reformas jurídico-políticas como de las cuestiones puramente económicas, chocaban con el conservadurismo innato de una clase social que se mantenía en el poder cediendo sólo poco a poco ante las fuerzas revolucionarias del desarrollo capitalista. Si bien España es un país plenamente capitalista desde la segunda mitad del siglo XIX y, con la victoria del bando isabelino sobre las bandas carlistas-feudales, el Estado pasa a ser irremisiblemente un Estado burgués, tanto en su contenido histórico como en su desarrollo formal, las luchas entre las distintas facciones de la burguesía han sido sumamente intensas, al punto de excluir sistemáticamente a una parte de la burguesía catalana del ejercicio del poder durante varias

décadas. Por otro lado, existía una comunidad de intereses entre la oligarquía terrateniente y la burguesía catalana en materia de legislación económica (medidas proteccionistas para salvaguardar el producto industrial y los precios del cereal) y de política exterior (mantenimiento a toda costa de las últimas colonias, especialmente de Cuba, de donde se extraían buena parte de la renta nacional y donde se vendían los productos de Cataluña). Este es, realmente, no sólo el origen del moderno «problema catalán», sino también el origen del nacionalismo catalanista. No una exigencia de independencia respecto de España, sino la pretensión de estar plenamente reconocidos dentro del Estado español y, en la medida de lo posible, controlarlo. No un enfrentamiento abierto, sino una tensión continua sustentada en las exigencias «catalanas», que a fin de cuentas debían ser tarde o temprano aceptadas por el Estado, y el miedo de las clases dominantes a que tales exigencias socavasen la base de su poder.

La burguesía siempre está en lucha. Desde su aparición como clase en la historia, ha luchado siempre: primero contra las clases feudales a las que abatió arrebatándoles el poder; después contra el resto de burguesías con las que libra una guerra económica continua y, siempre, contra la clase proletaria a la que somete a su poder y de la que extrae la plusvalía, base de su beneficio, que le otorga su posición social privilegiada. No debe extrañar por lo tanto que la burguesía española haya luchado entre sí durante décadas. Que el enfrentamiento entre sus diferentes facciones por el control del poder estatal haya sido una constante. Pero en ningún caso debe pensarse que esta lucha ponía en juego ni la naturaleza misma del Estado de clase burgués ni el ámbito de su poder, es decir que la lucha entre industriales catalanes y agrarios castellanos no giraba en torno a la defensa del moderno Estado burgués contra el Estado feudal ni que estuviese nunca en cuestión que el poder del Estado debía ejercerse sobre el conjunto de la nación española. Por supuesto que esta lucha no se libra abiertamente en nombre de los viles intereses materiales.

La burguesía luchó contra la nobleza feudal en nombre de las libertades ciudadanas y respaldada por toda una base filosófica individualista e iluminista que se enfrentaba abiertamente a la concepción teológica de la escolástica. Cuando dos burguesías nacionales luchan entre sí, como en la I y II Guerras Mundiales, por el reparto de los mercados, cada una enarbola la bandera de la libertad frente a la opresión extranjera. Finalmente, cuando la burguesía lucha en nombre del pueblo y, por lo tanto, también «para» el proletariado, siempre lo hace en nombre de la civilización de la que dice ser la única garante. De la

misma manera, la burguesía catalana luchó (y lucha) contra el resto de grupos burgueses españoles aludiendo a la milenaria tradición democrática de Cataluña, a sus libertades feudales perdidas por obra de la monarquía borbónica. Por su parte, el bando contrario habla de la unidad de España, del destino universal de la patria, etc. El mito nacionalista, español y catalán, encubre la verdadera guerra que existe siempre en el mundo capitalista: la guerra de los piratas luchando por su parte del botín.

De hecho, la supuesta lucha entre Cataluña y España se ha desarrollado bajo muy diversas formas, pero siempre con un mismo contenido. El desarrollo del capitalismo español llevó a una paulatina adecuación de la forma estatal a las exigencias económicas que caracterizan a cualquier nación moderna. La forma parlamentaria, progresivamente abierta a todas las facciones burguesas, permitió ampliar la presencia de los grupos burgueses catalanes y facilitó tanto la conformación de un partido único de la burguesía catalanista (la Lliga Regionalista, a cuya cabeza estuvo Cambó, verdadero hombre del Estado durante los primeros 30 años del siglo XX), como el reconocimiento de cierta autonomía regional para Cataluña a partir de la Mancomunidad de Cataluña, que realizó sobre el terreno de la organización territorial la misma unificación de los intereses de la burguesía catalana que la Lliga había realizado sobre el terreno parlamentario. La llegada de la I Guerra Mundial y el incremento brutal de los beneficios del empresariado catalán confirmó que la forma estatal debía seguir la senda del reconocimiento de los grupos burgueses de la región catalana como eje del gobierno central.

Pero hay algo a lo que la burguesía teme más que a la guerra sucia que libra continuamente contra sus competidores comerciales y financieros: teme el proletariado. El desarrollo capitalista en España creó un proletariado industrial y agrícola que, justamente en el mismo periodo en el que la burguesía catalana accedía a los honores del Estado, comenzó a dar muestras de una vitalidad excepcional. Es sabido que la principal organización de la clase proletaria española, la CNT, no sólo nació en Cataluña sino que tomó su nombre inicial, Solidaridad Obrera, como una declaración de intenciones contra la organización de los burgueses catalanes, Solidaritat Catalana. Se entiende, por ello, que el proletariado se desarrolló como clase en España combatiendo no sólo contra la burguesía en general sino contra la burguesía catalanista en particular.

Los años finales de la I Guerra Mundial y el comienzo de la década de 1920 trajeron durísimos enfrentamientos sindicales que dieron lugar, ante la repre-

(sigue en pág. 4)

El particularismo catalán

(viene de la pág. 3)

sión que la burguesía catalana ejerció pistola en mano, a encontronazos armados diarios entre pistoleros a sueldo de la patronal y los grupos de defensa de la CNT. La situación llegó a tal punto de tensión, la amenaza sobre el orden social era de tal magnitud, que la propia burguesía catalana liquidó el régimen de la Restauración que se mostraba incapaz de hacer frente al proletariado e impuso a su propio dictador, Miguel Primo de Rivera. Por supuesto, la dictadura tuvo que liquidar tanto la organización territorial catalana como las libertades de las que los propios burgueses disfrutaban, pero esto era poca cosa comparado con el papel que debía ejercer de pacificador que devolviese el orden a los negocios y a la industria. La burguesía catalana, sus partidos políticos y sus corrientes nacionalistas tradicionales corrieron detrás de la «unidad nacional», a la cual aportaron toda su fuerza reaccionaria, para refugiarse de su enemigo de clase, que no entendía de naciones ni de patrias.

Este fue el sino, a lo largo de las décadas posteriores, de la burguesía catalana. El particularismo local, exacerbado hasta el punto de ser presentado como nacionalismo para justificar los privilegios «nacionales» que planteaban, fue dejado de lado tantas veces como hizo falta a la hora de defender el orden social capitalista que, este sí, tiene su verdadera base histórica en la nación española y su brazo ejecutor en el Estado central.

Queda, por supuesto, el problema de las clases medias, de la pequeña burguesía, excluida prácticamente siempre del Estado y golpeada tanto por la fuerza de la competencia capitalista, de la tendencia cada vez más acentuada a la concentración empresarial, a la aparición de los grandes trust y monopolios privados y estatales, como por la lucha del proletariado. Es esta pequeña burguesía, un subproducto de la división de la sociedad en clases en el que se aglutinan todas las fantasías reaccionarias y los comportamientos sociales más repugnantes, la que ha hecho del nacionalismo y del independentismo su fe. Pero, colocada por su posición marginal en el modo de producción capitalista,

como una clase sin vigor ni fuerza ninguna, su defensa de los esencialismos provincianos más abyectos no ha tenido nunca una proyección política más amplia que la de convertirse en sustento ideológico y fuerza de choque de la lucha intestina entre la burguesía de la que es subsidiaria. Cuando esta burguesía ha firmado una paz temporal para defenderse de su enemigo de clase común, del proletariado, ha sacrificado, incluso físicamente, a la pequeña burguesía y a sus ilusiones nacionales sin que le temblase la mano. Hoy, en medio de una lucha que tiene más de ficción que de realidad, entre los grupos burgueses de Cataluña y del resto de España, esta burguesía, sus miedos y sus egoísmos, son agitados por parte de ambos bandos para ganar posiciones y vemos al partido de los tenderos, a la CUP y sus satélites, aupados al nivel de perros guardianes de las fincas de sus amos.

El «problema catalán» refleja las tensiones internas que la clase burguesa española sufre. La crisis capitalista ha incrementado la competencia entre los diferentes grupos burgueses por repartirse unos beneficios que han caído drásticamente. Con este incremento de la competencia, del que derivan todos los enfrentamientos políticos, se ha resquebrajado el marco legal que, desde 1978, reconocía los derechos que cada uno de dichos grupos disfrutaba. Esta es la realidad del resurgimiento nacionalista desde 2012: una burguesía y una pequeña burguesía catalanas que han visto mermar sus ganancias y que han intentado forzar una renegociación de los términos en los que estas se reparten azuzando el fantasma nacionalista. De esta manera han logrado, por un lado, presentar durante varios años un frente común contra el resto de burgueses representados por el Estado y, por otro lado, vincular a diferentes estratos sociales a este programa de lucha, logrando canalizar la tensión que la propia crisis capitalista había causado hacia la defensa de la supuesta nación catalana.

Pero el hecho de que este enfrentamiento no tenga el carácter ideal que el Estado o la Generalitat quieran darle, de que no estén en juego valores universales de libertad y democracia sino otros mucho más materiales como ganancia y beneficio, no significa que la tensión de los últimos años carezca de relevancia. Si el mito de la nación como interés común a todas las clases sociales es despreciable desde una perspectiva marxista, también lo es el mito de un capitalismo estable y pacífico tanto en el terreno económico como en el político.

Para los marxistas revolucionarios la situación que se vive actualmente, desde el punto de vista proletario, con el «problema catalán» en el centro de to-

das las miradas, lo único que hace es confirmar nuestras posiciones y previsiones.

Los proletarios de Cataluña, Castilla, Andalucía, País Vasco y de cualquier otra región de España, no tienen nada que compartir con su propia burguesía «nacional» o «regional», como no tienen nada que compartir con los patronos de cualquier empresa aislada o de cualquier grupo de empresas: cualquier burguesía y cualquier fracción de la burguesía son igualmente enemigos de clase que luchan entre ellos para arrebatar-se entre sí partes del mercado y recursos naturales y financieros, pero son siempre los explotadores y los opresores del proletariado, capaces sin embargo de unirse contra el proletariado en el momento en el cual los proletarios no compitan entre ellos sino que luchen unidos contra la clase dominante burguesa en su conjunto. Por ello cualquier ilusión democrática, cualquier ideal nacionalista, autonomista o independentista abanderado por una burguesía ya más que lejana históricamente de su «liberación» de la opresión feudal y aristocrática, sirve exclusivamente para ligar al proletariado al carro de la burguesía y de sus facciones con el fin de defender los intereses que pasan por explotar al máximo la fuerza de trabajo asalariado y como carne de cañón en caso de guerra. Los proletarios tienen sus propios intereses de clase que defender y ninguna otra clase puede defenderlos, ni burgueses ni pequeño burgueses; los proletarios pueden contar sólo y exclusivamente con sus propios hermanos de clase, de cada fábrica, de cada empresa, de cada ciudad, de cada región o de cada país y tienen un terreno común sobre el cual unirse y reforzar su propia unión clasista: luchar contra la competencia entre proletarios, una competencia alimentada, organizada e impuesta por la clase burguesa dominante.

En cuanto a las previsiones, éstas no están sacadas de nuestras pobres cabezas sino del materialismo militante más firme y que afirman una continua profundización de los conflictos políticos derivados de la crisis capitalista. Estos conflictos no han hecho más que empezar y traerán consigo nuevas configuraciones tanto del escenario de los enfrentamientos imperialistas internacionales como del escenario de los enfrentamientos locales. En ellos, la clase proletaria de todos los países, deberá extraer las lecciones acerca de la verdadera naturaleza tanto del sistema capitalista como de toda la mitología democrática y «social», única vía para no caer una y otra vez bajo la influencia de los cantos de sirena del nacionalismo y de la democracia, para no dejarse engañar por la idílica visión que ambos prometen sobre una situación sin conflictos sociales, económicos, políticos o militares.

LEE
EL PROLETARIO
Órgano del Partido
Comunista Internacional

¡SOSTENED Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!

Siguiendo a la burguesía y a la pequeña burguesía, sean estas catalanas o españolas, el proletariado sólo logra fortalecer las cadenas que le atan a la explotación capitalista. Frente a las consignas reaccionarias de «república catalana» y de «unidad de España» sólo hay una vía:
¡El retorno a la lucha de clase!

Con la «declaración de independencia» por parte del Parlament de Cataluña, la intervención parcial del gobierno autónomo y la detención o salida de España de algunos miembros destituidos del gobierno el llamado «procés» parece haber llegado a su clímax.

El gobierno español ha puesto en marcha el artículo 155 de la Constitución, que le habilita para hacerse cargo de las competencias que eran prerrogativa de la Generalitat catalana, aunque no se ha hecho con el control completo de esta ni ha liquidado la autonomía: únicamente ha tomado bajo su control el mando de la policía autonómica y la Consejería de Hacienda, que por lo demás ya estaba intervenida antes del referéndum con el fin de evitar este. Previamente había hecho detener a los líderes de Omnium Cultural y de la Asamblea Nacional Catalana, las dos entidades políticas que han encabezado la movilización social en favor de la independencia de Cataluña. Y, posteriormente, ha encarcelado también a buena parte del Gobierno de la Generalitat, con Oriol Junqueras, vicepresidente económico, a la cabeza. Durante este tiempo, organizaciones de carácter cívico como Sociedad Civil Catalana y grupos de extrema derecha vinculados a ella, han promovido manifestaciones en defensa de la unidad de España en Barcelona, buena parte de las cuales han terminado con auténticas razias en las calles.

Por su parte el bloque independentista ha llevado hasta el final su amenaza de declarar la independencia de Cataluña: después del referéndum y tras varias semanas de dilaciones, que muestran cualquier cosa excepto una determinación firme para cumplir con su supuesto objetivo, la mayoría nacionalista del Parlament catalán (PDeCAT y CUP) votó a favor de un texto ambiguo que sólo una interpretación muy laxa puede considerar que lleva a la independencia catalana. Después de más de cinco años de «procés», un referéndum, un «paro nacional» en el que burgueses, pequeño burgueses y proletarios fueron llamados a movilizarse en defensa del «país», el Parlament acabó por alumbrar un sucedáneo de declaración de independencia en el que se llamaba a continuar con la movilización en defensa de las instituciones políticas catalanas hasta convertirlas en independientes de España a través de un «proceso constituyente». Después de ello, los diputados nacionalistas se fueron a dormir mientras en las puertas de la Generalitat se celebraba un concierto pro-inde-

pendencia que acabó, como indica la ley, a las 12 de la noche. Dos días después, ante la aplicación del artículo 155 de la Constitución por parte del Gobierno de Madrid, la totalidad del Gobierno catalán y la Mesa del Parlament aceptaron los hechos consumados y se retiraron de sus cargos. Días después llegaron las imputaciones, los encarcelamientos y la marcha de Puigdemont y parte del Gobierno catalán a Bélgica donde han pedido —aún si no formalmente— asilo político.

Hay un aire de farsa en todos estos acontecimientos: pese al dramatismo que le imprimen los programas de televisión a cada paso que se da en un sentido u otro, resulta evidente que no se está ante un conflicto abierto e irresoluble sin la destrucción de uno de los contendientes. El Parlament de Cataluña declara la independencia, la suspende, se ofrece a negociar y vuelve a declararla... para después aceptar su disolución y la cárcel. El Gobierno central español amenaza, se lleva por delante a algunos diputados autonómicos pero deja intacta la autonomía y el conjunto de leyes que, a lo largo de los últimos 25 años han jalado el camino para el auge del independentismo, después convoca elecciones y afirma desde el primer momento que los miembros del extinto gobierno catalán podrán presentarse.

Pero lo cierto es que la crisis política catalana constituye el punto de ebullición de un conflicto larvado, mucho más complejo y profundo que la escenificación independentista o el aparente autoritarismo del Gobierno español. El tono tragicómico de las últimas semanas, donde lo único real han sido las cabezas abiertas por la policía española y los jóvenes apuñalados por las bandas de extrema derecha que se han paseado a su antojo por Cataluña, esconde un conflicto serio y realmente trascendente. No es la independencia de Cataluña (o la unidad de la patria española, visto desde el otro lado) lo que se ha puesto en juego estos últimos meses y años. La República Catalana nunca ha estado encima de la mesa por mucho que los botiguers de las CUP lo hayan pretendido. Lo que ha sucedido en las últimas semanas ha sido la culminación de unas tensiones larvadas que atraviesan al Estado español y que la crisis económica y social ha hecho aflorar desde hace ya varios años. No es la situación catalana, sino todo el equilibrio político que ha conformado el Estado español desde la Transición, el que se ha visto alterado y no por una declaración de inde-

pendencia que realmente no ha sido tal, sino porque las fuerzas materiales que empujan al capitalismo y a sus formas políticas a crisis económicas, políticas y sociales cada vez más intensas y difíciles de remontar, llevan de nuevo a la intensificación de la competencia entre las diferentes facciones burguesas de España.

En 1978, año de la entrada en vigor de la Constitución española, el antiguo Estado salido de la Guerra Civil abrió sus formas políticas y jurídicas fundamentalmente para poder incluir en su seno a las corrientes socialdemócrata y estalinista, encargadas en el nuevo régimen democrático de constituir el enganche entre el proletariado y el Estado, y las facciones nacionalistas periféricas, esencialmente catalanas y vascas. De esta manera se garantizaba, por un lado, la puesta en marcha del mecanismo democrático que constituye el eje del dominio de clase de la burguesía a través del juego parlamentario e institucional y, por otro lado, la inclusión de la representación política de las burguesías vascas y catalanas en el Estado. Si por el lado del proletariado las únicas «concesiones» las tuvo que hacer precisamente la clase de los explotados, aceptando íntegramente la nueva forma del Estado y aparcando todas sus exigencias políticas y económicas, por el lado de la ordenación territorial del país se llegó a una fórmula de consenso en la que los dos principales partidos regionales, PNV y CiU, tenían garantizada una posición preeminente en el Parlamento español a la vez que se les concedía la gestión del proceso de descentralización. Con ello se lograba un esfuerzo común (capiteado por el PSOE y con el auxilio del PCE) por parte de todas las facciones burguesas por aplacar la tensión social que empujaba a amplios sectores de la clase proletaria a la lucha en fábricas y barrios y la integración de las burguesías locales vascas y catalanas en el marco político y jurídico español reconociendo el peso político especial que debían tener en virtud de su fuerza económica. Esos fueron los verdaderos términos del pacto de la Transición: represión y engaño democrático para los proletarios a la vez que se daban papeles principales a los burgueses de Euzkadi y Cataluña en el gobierno del país. De esta manera se pretendía salvar tanto la conflictividad social creciente como la tensión secular que se deriva del desarrollo desigual de las regiones del país

(sigue en pág. 6)

yla consecuente pervivencia de potentes fuerzas centrífugas que, periódicamente, enfrentan económica y políticamente a las clases burguesas de estas regiones.

Casi cuarenta años después el equilibrio político al que se llegó en la Transición se ha resquebrajado. Ese equilibrio había sido la consecuencia de la reordenación del Estado burgués que había forzado la crisis capitalista de 1974: con él se intentaba modernizar la estructura estatal dando cabida tanto a las fuerzas políticas prohibidas durante el franquismo y que podían forzar a la clase proletaria a soportar las exigencias de la burguesía, PSOE y PCE, y a las fuerzas políticas que representaban a las burguesías vasca y catalanas que habían cedido durante 40 años la representación institucional al Estado central ante la necesidad de un esfuerzo centralizador que evitase el colapso del Estado al que se llegó durante los años '30. Hoy, la crisis capitalista que estalló en 2007 ha hecho que los enfrentamientos continuos pero larvados entre las distintas facciones de las burguesías locales vuelvan a salir a la superficie poniendo en cuestión los pactos alcanzados desde 1978 en adelante.

Por parte de la burguesía catalana, la crisis especialmente intensa que ha sufrido la región y que ha hecho tambalearse su predominio económico en España ante la pujanza de otras zonas del país, le movió a plantear nuevas exigencias, sobre todo en el terreno de la transferencia de competencias fiscales por parte del Estado hacia la Generalitat. Para ello volvió a azuzar la tensión que siempre está presente en un país con una configuración territorial como España y donde los regionalismos y los particularismos locales nunca se podrán superar. Con ello no sólo movilizaba las fuerzas disponibles hacia objetivos que no eran nacionalistas pero que se planteaban como tales, sino que, también, lograba poner en marcha la presión de las clases pequeño burguesas tan duramente golpeadas por la crisis y en las que los sentimientos «nacionales» más mezquinos nunca han desaparecido. A su vez, a través de estas clases pequeño burguesas y de sus exigencias de «más democracia» e «independencia» lograba si no movilizar, sí acallar la tensión social que un proletariado abrumado por el desempleo y los bajos salarios acumulaba en su cuerpo social.

Por parte de la burguesía del resto del país, buena parte de la cual (valenciana, andaluza... pero también vasca) tiene un firme interés en hacerse con parte de los mercados que están controlados por la burguesía catalana, como el transporte de pasajeros y mercancías por el arco del Mediterráneo, la «crisis catalana» ha permitido focalizar todos los problemas de política interior en un solo punto, movilizándolo a su vez un sentimiento nacional español que práctica-

mente estaba desaparecido desde hacía cuarenta años y que tiene como consigna la «defensa de la unidad de España». Así, además, mediante el recurso a grandes manifestaciones patrióticas, se ha permitido volver a mostrar su cara más desafiante ante cualquier brote de tensión social: ha fortalecido sus fuerzas de choque allí donde ya contaba con ellas y ha creado otras nuevas donde nunca había alcanzado. Estas fuerzas de choque, que hoy se manifiestan únicamente como la parte callejera del «bloque constitucionalista» serán utilizadas, mañana, en caso de necesidad, contra los proletarios cada vez que estos manifiesten una posición clasista independiente de cualquier política burguesa.

Como telón de fondo de este enfrentamiento, más allá del circo que la prensa exhibe cada día y en el que cada detalle es elevado al nivel de tragedia contribuyendo así a magnificar el peso de los particularismos locales y nacionales, está una exigencia que se presenta de manera continuada: democracia. Los partidos y asociaciones catalanistas exigen respeto a la democracia, votaciones en referéndum, nuevas votaciones plebiscitarias... Los partidos constitucionalistas españoles exigen respeto al marco democrático de 1978, otras elecciones... Ambos bandos exactamente iguales en lo que respecta a esta exigencia. Mientras el conflicto real se ventila sobre el terreno de la competencia económica, de la lucha por las cuotas de mercado, por la influencia sobre unos sectores de la producción u otros y por la consiguiente fortaleza política para imponer cada uno de los criterios, a la clase proletaria se le lanza una única consigna: democracia. No sólo al votar, porque también se le intenta movilizar mediante manifestaciones democráticas, mediante convocatorias en defensa de las instituciones, de los gobiernos, del país... Aunque la burguesía pueda luchar entre sí, su política respecto a la clase proletaria es siempre, tendencialmente, y en todo lugar la misma: la democracia como manera de vincularla a las exigencias nacionales, como vía para unirla al carro de la defensa de la patria, del bien común, de la economía, del Estado... Democracia como exigencia general y común a todas las clases de la sociedad, desviando al proletariado de la lucha por la defensa exclusiva de sus intereses, utilizando medios y métodos de clase, enfrentándose a su enemigo burgués por todos los medios, combatiendo la competencia entre proletarios de la que se nutre la burguesía para dominar.

Pero la clase proletaria no puede esperar nada ni de las exigencias «nacionalistas» catalanas, ni de la «unidad de España», ni de la participación en las instituciones del Estado, en los referéndums o en las elecciones autonómicas. Como no puede esperar nada ni de la burguesía catalana que durante siglos

ha estado a la vanguardia de la explotación del proletariado en España ni de la pequeña burguesía local que tiembla por ver su negocio zozobrar. No puede esperar nada, tampoco, de la burguesía española que exige la sumisión de todos los intereses particulares, especialmente de los intereses de clase del proletariado, al bien superior que representa la unidad nacional. Y mucho menos de la pequeña burguesía españolista que a la vez que saca las banderas constitucionales manda a sus hijos a dar palizas en las calles.

La clase proletaria sólo tiene un interés: hacer desaparecer la explotación que se nutre de su sudor y de su sangre para aumentar las ganancias capitalistas. Y para ello debe cumplir con una obligación inmediata: romper con cualquier política basada en la colaboración entre clases, rechazar con toda la fuerza posible la influencia que la pequeña burguesía, republicana y nacionalista o españolista y centralista, ejerce sobre ella a través de la imposición de métodos de lucha democráticos e institucionales que sólo pueden llevarla a la derrota. Rechazar, con ello, cualquier particularismo local elevado al rango de bandera por la que luchar, cualquier defensa de la patria, cualquier alianza con su burguesía «nacional».

Para vencer la clase proletaria sólo puede contar con sus propias fuerzas, con la asociación clasista para la lucha sobre el terreno económico inmediato, en defensa de sus condiciones laborales y salariales en cada empresa. La respuesta de los proletarios a las consignas no debe ser el hermanamiento con los capitalistas y con los gobernantes en defensa de un dominio político que es netamente anti proletaria. Esta perspectiva puede parecer hoy utópica y poco «concreta», pero es la única que concretamente puede ser asumida por la reanudación de la lucha proletaria, que se se refiere únicamente a los intereses de la clase, a los intereses de la propia causa histórica que consiste en acabar de una vez por todas con el régimen de explotación del hombre por el hombre, con el sistema capitalista que no puede hacer otra cosa que colocar en el centro de sí mismo al capital, a la producción de capital, a la valorización del capital, obligando a los seres humanos a satisfacer con su trabajo no las necesidades de su vida y de la vida social, sino las necesidades del mercado, por lo tanto las necesidades del capital.

¡Contra todo particularismo o localismo que divida a la clase proletaria!

¡Contra la política de colaboración entre clases que se impone al proletariado!

¡Por la reanudación de la lucha de clase!

Partido Comunista Internacional (El Proletario). 05-10-2017

Referéndum en Cataluña:
¡Contra la «unidad nacional»!
¡Contra todo particularismo!
¡Contra la colaboración entre clases!
¡Por la lucha independiente de clase!

El próximo 1 de octubre la Generalitat y el Parlament de Cataluña han convocado un referéndum para decidir sobre una posible independencia de España de los territorios comprendidos en la Comunidad Autónoma de Cataluña. Se trata de la segunda convocatoria de referéndum en los últimos años: en 2014 otra iniciativa similar, por parte de ambos organismos, dejó un resultado abrumadoramente favorable para el «sí a la independencia» entre los 2,3 millones de votantes que participaron. Entonces, el referéndum no fue finalmente convocado con carácter vinculante, sino consultivo; pero para el próximo 1 de octubre la votación se ha organizado con todo un aparato legal, sancionado por el Parlament, que pretende ser capaz de proclamar la independencia de Cataluña si el resultado, como todo hace presagiar, fuese favorable al sí.

Por su parte, el Gobierno español y todos los organismos del Estado competentes en materia de jurisdicción territorial (Tribunal Constitucional, Fiscalía General, etc.) ya han advertido que impedirán la votación, y el propio presidente Rajoy ha dejado entrever en sus últimas declaraciones que llegará a aplicar el artículo 155 de la Constitución española, que permite suspender el régimen de autonomía de cualquiera de las regiones que disfrutaban de él, si estas se posicionan, de una manera u otra, contra la propia Constitución española.

¡Proletarios!

En el referéndum del próximo 1 de octubre no está en juego la independencia de Cataluña. Los orígenes, las motivaciones y los fines de esta convocatoria son muy diferentes a lo que la propaganda nacionalista de la pequeña burguesía catalana, sus instituciones, los órganos de gobierno de la Comunidad Autónoma, y el propio Estado español, pretenden. La realidad es que Cataluña pasa por una durísima crisis económica que tiene su reflejo en la crisis política en la que se sitúa el referéndum y que es el verdadero determinante tanto de este como de toda la agitación nacionalista y democrática que lleva asolando el país desde hace años.

Desde el año 2007, al inicio de la crisis capitalista, Cataluña, que históricamente ha sido la región económicamente más relevante de España, ha perdido buena parte de su preponderancia en cuestiones como las exportaciones de mercancías y servicios, implantación in-

dustrial, construcción de obra pública y privada, etc.; de manera que su importancia en términos económicos ha caído dentro del conjunto de España. Ha visto como su deuda pública aumentaba hasta llegar a tener, en 2012, la mitad de toda la deuda de empresas públicas de España y, finalmente, ha sufrido la contracción de la inversión extranjera, históricamente tan importante en la región, hasta el punto de quedar muy por detrás de otras comunidades autónomas.

Como consecuencia de todo esto, Cataluña ha visto desplomarse el nivel de vida de la población, especialmente el del proletariado catalán, tradicionalmente mayor que el del resto de España, hasta el punto de ser la región más castigada por el paro después de Andalucía y Extremadura: ha acumulado un aumento del desempleo que, en términos proporcionales, es el mayor de toda España.

La dureza especialmente intensa con que Cataluña ha padecido la crisis capitalista está teniendo serias consecuencias. Por una parte, el gobierno de Cataluña, encabezado por cualquiera de las variantes del partido nacionalista de la burguesía catalana, se ha revuelto contra el marco jurídico territorial que rige en España y los límites de la autonomía. Este enfrentamiento se libró, en primer lugar, sobre el terreno tributario y fiscal: la burguesía catalana exigió al gobierno central más competencias en materia de recaudación de impuestos y más libertad para utilizar el presupuesto que con ello obtenía. No se trataba de que los avariciosos comerciantes y tenderos catalanes quisieran más parques para ellos y menos colegios para Andalucía: en el mundo capitalista el Estado no es un agente del bienestar social, es el principal actor económico, el único capaz de movilizar grandes recursos económicos necesarios para sustentar la buena marcha de la economía y el mercado. Inversiones en infraestructuras, que implican movilización de capital a gran escala y soluciones a los problemas de logística y transportes para el conjunto de los capitalistas de una región; créditos públicos, que mantienen la solvencia de las empresas capitalistas en épocas de crisis y permiten su expansión en épocas de bonanza; políticas sociales, que regulan y conservan la mano de obra garantizando su uso para el capital, tanto como una relativa paz social... Todas estas funciones, que afectan al conjunto de los burgueses y capitalistas en la medida en que ninguno de ellos puede

realizarlas por sí solos, constituyen el verdadero y descomunal peso del Estado en la economía nacional. Luchando sobre el terreno tributario y fiscal, la burguesía catalana históricamente ha luchado por mayores facilidades, mayores beneficios, para sus negocios, en detrimento de los del resto de España. Se ha tratado, siempre, de un reparto del beneficio capitalista: los impuestos constituyen trabajo proletario no pagado, parte de la plusvalía que se extrae de la clase obrera y que es destinada al bien común capitalista, por vía de recaudación estatal o empresarial. Y con estas ganancias, los burgueses han garantizado que sus negocios vayan bien, que el Estado (la Generalitat autonómica) proveyese de todo lo necesario para ello, que el capital pudiese ser movilizado y rentabilizado en proporciones cada vez mayores, etc.

Pero la lucha sobre este terreno es de por sí difícil, mucho más cuando la crisis capitalista constriñe también al resto de burgueses que luchan, amparados esta vez por el Estado central, por evitar que la plusvalía que creen que es suya les sea escamoteada por estas vías. Es entonces cuando la lucha entra en una fase de abierta rivalidad política: la única intención de la burguesía catalana había sido cambiar las leyes fiscales a su favor, obteniendo un concierto económico más ventajoso con el Estado central... Perdida esta batalla, en nombre precisamente de la legalidad, entra en juego el combate contra dicha legalidad. Es por esto que la lucha por la independencia de Cataluña únicamente encubre el enfrentamiento entre piratas por un mejor reparto del botín. Por supuesto que no toda la burguesía catalana participa de estas veleidades independentistas (una burguesía que siempre ha sido el motor del conjunto de la burguesía española, que necesita el mercado nacional como principal lugar donde vender sus mercancías, que necesita la protección del Estado central en su lucha contra las burguesías de otros países, etc.). De hecho, a medida que el llamado *proces* ha ido avanzando, buena parte de esta burguesía, sobre todo de la gran burguesía, ligada íntimamente a España por vínculos comerciales indisolubles, la burguesía que controla las grandes entidades financieras como *CaixaBank*, las grandes eléctricas como Gas Natural, las grandes compañías de seguros como Catalana Occidente e incluso la propia patronal catalán, Fomento del Trabajo... se han desligado de él.

El referéndum del 1 de octubre, como todo el proceso independentista y la doctrina nacionalista que lo rodea -tanto nacionalista catalana como nacionalista española- tienen sus raíces en un enfrentamiento histórico entre la burguesía catalana y el resto de la burguesía española. Un enfrentamiento basado en

(sigue en pág. 8)

(viene de la pág. 7)

la competencia que es consustancial al mundo capitalista: la burguesía no cesa de luchar, contra sus adversarios feudales primero, contra otras burguesías después, contra el proletariado siempre... Son palabras grabadas a fuego por el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels. En el caso de Cataluña y España se trata de un enfrentamiento prácticamente inscrito en los genes del Estado español y del desarrollo del capitalismo en esta región del mundo pero que, en cualquier caso, obedece a las inalterables leyes que rigen la vida de las clases sociales en la sociedad capitalista. Si hoy se ve enfrentadas no sólo a la tradicional burguesía del Eixample y del barrio de Salamanca sino, también, a las clases medias, a la pequeña burguesía, sobre todo, catalana, es porque la crisis económica ha hecho estragos también en estas y, de esta manera, ven en el programa nacionalista una salvación a sus males: mayores inversiones públicas que reactiven la economía nacional catalana de la cual son beneficiarios subsidiarios, blindaje de los mercados en los que participan, reconocimiento de su estatus profesional de acuerdo a criterios nacionales, etc. Esta pequeña burguesía, probablemente la más afectada por la crisis, la más presionada por el aumento de la competencia comercial y la que menos va a disfrutar de la llamada recuperación económica, se ha convertido, como en otras ocasiones, en la base social del independentismo, de la misma manera que en el resto de España ha dado las bases sociales para los «Ayuntamientos del cambio», la regeneración democrática, etc.

¡Proletarios!

En el referéndum del próximo 1 de octubre no está en juego la independencia de Cataluña. Si la crisis capitalista ha recrudecido la lucha de competencia económica y comercial entre la burguesía catalana y la del resto de España, entre la pequeña burguesía vinculada al mercado catalán y el resto de competidores del resto del país, también ha hecho reverdecer la tensión social. Los despidos, el paro, los recortes, los des-

censos salariales... han sido el pan nuestro de cada día para los proletarios de Cataluña, exactamente igual que para los proletarios de Madrid o Andalucía. Y junto a estos agravios diarios, la burguesía ha lanzado, también, su cobertura ideológica que tiene la misión de hacerlos pasar por aceptables en función de un interés común entre las clases. Y también, en Madrid o en Barcelona, esta doctrina del interés común es la democracia, la defensa de la colaboración entre las clases, la participación electoral como única vía para defender los intereses de una u otra, etc.

De hecho esta democracia es el eje central del *proces* nacionalista y del propio referéndum. Toda la tensión social que se vive hoy en los barrios proletarios de Cataluña, todas las miserias cotidianas que los proletarios de esa región ven incrementarse, todos los agravios que padecen de parte de la patronal... ¿se solucionarán con la independencia? ¡En ningún momento se ha dicho esto! Porque ni los partidos políticos implicados en el *proces*, ni las llamadas instituciones de la sociedad civil (léase instituciones de la burguesía y de la pequeña burguesía, sociedad de los tenderos y los «jóvenes profesionales») han prometido tan siquiera la independencia. ¡Es el electoralismo lo que está en juego el 1 de octubre! ¡No es por casualidad que los proletarios catalanes han sido llamados a votar 3 veces en los últimos 3 años! El 1 de octubre los proletarios deben olvidarse de sus padecimientos, deben abandonar las luchas que les interesan únicamente a ellos como clase, deben dejar cualquier interés propio... y confiar en que el referéndum, el *proces*, ambos culminación de la democracia al decir de burgueses y pequeño burgueses catalanes, limarán las asperezas sociales y permitirán a obreros y patrones, a burgueses y proletarios, ir en el mismo barco y marchar en la misma dirección.

El 1 de octubre los convocantes del referéndum, de la ANC a las CUP, pretenden fomentar un gran *pacto entre clases* que garantice la paz social, mientras la burguesía negocia sus propios intereses con el Estado español. Todas las proclamas de la pequeña burguesía nacionalista van en ese sentido: «dejad que el pueblo vote y, después,...» Es por ello que todos llaman, unánimemente, sin fisuras y sin dudas, a votar, a participar, a dejar de lado intereses que no sean los de «la nación y la sociedad». Después del 1 de octubre, después del referéndum, lo que habrán obtenido será un perfecto consenso democrático que legitimará, sobre el terreno social, cualquier medida, cualquier disposición, en interés de la unidad nacional catalana, de la economía nacional, de los intereses superiores de la nación... de la defensa exclusiva de los intereses del capital.

¿Qué independencia esperan, si no,

los convocantes del referéndum? Del partido de Mas-Puigdemont, prácticamente se sabe todo: son los *hereus* de la tradición burguesa catalana, si llegan a este punto es porque no han podido encontrar un mínimo acomodo que les permitiese no ir tan lejos. Y tan pronto como puedan, darán marcha atrás. De esa pequeña burguesía, parlamentaria, legalista e institucional de las CUP, no puede esperarse nada nuevo: llaman «al pueblo» a una independencia pacífica y democrática, lograda por la vía del voto y la desobediencia institucional. Repiten una y otra vez que con sólo exhibir el «derecho democrático a decidir» el Estado español se rendirá. Lllaman, en fin, a que su «pueblo» se haga apalea, detener y tantas otras cosas más, con las manos vacías y a pecho descubierta.

Ni el PDeCAT ni las CUP buscan otra cosa que un refrendo de la política burguesa cubierta con el manto nacionalista. De ellos, el proletariado sólo puede esperar que le hagan agotarse en batallas inútiles y que le entreguen atado de pies y manos a su enemigo de clase, que es lo que se pretende en el referéndum del 1 de octubre.

¡Proletarios!

Mientras que el particularismo catalán (elevado por la burguesía catalana a «nacionalismo») busca con el 1 de octubre sumar al proletariado al carro de la defensa de la democracia; la burguesía española aprovecha la ocasión para verter toneladas de prejuicios nacionalistas sobre el proletariado del resto del país. Atacando, también en nombre de la democracia, al independentismo catalán, busca reforzar los vínculos que atan al proletariado a la defensa del interés superior de la nación española. Por ello, quiere presentar su negativa a permitir el referéndum del 1 de octubre como una defensa de la democracia y del interés general, exactamente los mismos argumentos que da el Govern de la Generalitat. En ambos bandos la consigna democrática es el anzuelo con el que pretenden reforzar su poder sobre la clase proletaria.

¡Proletarios!

La clase obrera catalana ha sido siempre la vanguardia de la lucha anti burguesa en España. Fue esta clase la que inició la Semana Trágica de 1909 contra la guerra de Marruecos promovida por burgueses catalanes y españoles; fue esta clase la que fundó y organizó el gran sindicato de clase del proletariado español, la CNT; fue esta clase la que dio los ejemplos de militancia revolucionaria más entregada, como fue esta clase la que paró la reacción militar de 1936. Y siempre, siempre, realizó todas estas gestas partiendo de la base del rechazo radical a todo tipo de nacionalismo, a todo tipo de programa de unidad nacional burgués, combatiendo las influen-

TERRORISMO Y COMUNISMO de L. Trotsky

El libro se puede descargar
en el sitio del partido
en internet:

www.pcint.org

Para copias en papel, escribe:
Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid

cias de la pequeña burguesía radicalizada e independentista entre los proletarios.

Esa es la historia, la lucha y la actitud espontáneamente anti burguesas (¡y verdaderamente anti capitalistas, para escarnio de los *botiguers* de las CUP!) que la clase obrera de Cataluña supo mostrar a sus hermanos del resto del país y que podrá —en la medida en que logre reconquistar el terreno de la lucha de clase, influenciada por el partido de clase revolucionario— generar nuevamente. Y ese es el peligro que la burguesía y la pequeña burguesía nacionalistas quieren conjurar llamando a la unidad nacional y a la defensa de la democracia.

¡Proletarios!

El día 1 de octubre no se decidirá nada. Pero la convocatoria del referéndum y la respuesta del Estado español son síntomas de una crisis social larvada que, con toda seguridad, se agudizará según transcurra el tiempo. En ella la burguesía intentará atar al proletariado, ligarle a la defensa de sus intereses con la excusa de la defensa de la nación. Le utilizará como carne de cañón en sus enfrentamientos con el resto de burguesías y le llamará a hacer los mayores sacrificios por el bien común.

Para zafarse de este destino, para poder plantar cara al negro porvenir que le espera, el proletariado debe rechazar desde el primer momento la unión con la burguesía, la colaboración entre clases, la defensa de la «unidad nacional», la «nación» —ya sea esta el conjunto de España o una Cataluña separada e independiente—. Ni los grandes burgueses ni los pequeños son aliados del proletariado, sus programas políticos sólo representan, para él, miseria y opresión. Sólo retomando el camino de la lucha clasista, de la defensa intransigente de sus intereses, de la lucha sobre el terreno inmediato, tanto como sobre el terreno político general, con un programa y una visión propias y bajo la guía del partido de clase revolucionario, el proletariado puede encontrar una salida al futuro de miseria y opresión que le espera.

¡Contra todo nacionalismo!

¡Contra todo particularismo!

¡Contra la defensa de la unidad nacional!

¡Contra la colaboración entre clases!

¡Por el retorno del proletariado a la lucha de clase independiente!

09/09/2017

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

«Paro nacional» en Cataluña:

La colaboración con la patronal y la burguesía lleva al proletariado a una derrota segura

El referéndum del 1 de octubre ha dejado claro lo que significa la democracia, la legalidad y el Estado de Derecho: miles de policías y guardias civiles desembarcando en Barcelona al estilo de las fuerzas de ocupación, más de ochocientos heridos, algunos de ellos intervenidos de urgencias por los disparos de balas de goma, ancianos y niños golpeados y arrastrados por los suelos, bandas de nacionalistas españoles proclamando en el resto de ciudades la indivisibilidad del país y amenazando a quienes se cruzaban en su camino... Una buena lección acerca de lo que significan las libertades constitucionales.

Pero no sólo en el bando «español» se ha mostrado la terrible realidad de la veneración por las leyes y el Estado de Derecho: cuando la Guardia Civil y la policía nacional golpeaban a manifestantes desarmados, se debía recordar que habían sido los líderes parlamentarios, demócratas y partidarios de la legalidad de la Generalitat, los que habían llamado a mostrarse inermes e indefensos frente a las fuerzas policíacas, que habían sido ellos quienes afirmaron que bastaba con presentarse en el lugar de votación para que el edificio represor del Estado se derrumbase. Mientras Puigdemont, Junqueras, Rufián o Gabriel votaban tranquilamente en colegios donde no había problemas, las personas convocadas por ellos sufrían la represión en su nombre. La llamada «revolución de las sonrisas» se ha levantado sobre los labios rotos de los manifestantes mientras que sus líderes, ellos sí, sonreían pensando en rentabilizar las imágenes retransmitidas por televisión y prensa al resto del mundo.

¡Proletarios!

El 1 de octubre se pudo ver la terrible imagen de la colaboración entre clases llevada a su máxima expresión. En nombre de la nación catalana y de su independencia, todas las clases sociales se presentan como una única fuerza, con intereses y aspiraciones comunes, con una lucha común y con un futuro de paz y armonía en la próxima república catalana que se presenta poco menos que como el paraíso en la tierra.

Pero la realidad es muy diferente. La parte de la burguesía catalana que ha encabezado la lucha por el referéndum; la pequeña burguesía que ha seguido

unánimemente las consignas de esta y ha hecho de fuerza de choque callejera para permitir la votación y, por último, el proletariado, que ha permanecido prácticamente indiferente ante el llamado *procés* hasta que la policía ha reventado las calles de Barcelona; tienen intereses enfrentados y lo que se ventila en esta exacerbación del localismo y el particularismo chovinista que se llama «independencia» es completamente diferente para unos y otros.

La burguesía catalana, tanto aquella que ha encabezado el *procés* como aquella que se ha mantenido primero hostil, luego al margen y finalmente conciliadora, lucha por mejorar la parte del pastel que le corresponde en el reparto de ganancias con la burguesía del resto de España: históricamente su combate ha sido por lograr tanto una reducción en la cuota fiscal que le corresponde entregar al Estado central como un aumento en el retorno de estos impuestos, es decir, una mayor inversión de este Estado central en Cataluña. ¿Qué significa esto? Que la burguesía catalana, históricamente la columna vertebral del régimen burgués español, sufre especialmente las consecuencias de la crisis económica, es decir, padece la caída de la tasa de ganancia del capital. Y, para remediarlo, necesita aumentar la inversión de capital en su ámbito de influencia tanto como incrementar la explotación del proletariado de cuyo trabajo extrae la plusvalía que valoriza este capital. Significa, por lo tanto, que quiere que la parte del beneficio que tiene que destinar al conjunto del país en forma de impuestos se reduzca, quedándose con la diferencia para convertirla en inversión local. A esto se reducen sus aspiraciones, que no son pocas dado que para lograrlo necesita un cambio en la estructura fiscal del Estado español y en el andamiaje político y jurídico que lo sostiene. Un cambio que, dado el especial peso económico de Cataluña en el conjunto del país, implica cambios en la Constitución y en el ordenamiento legal de España.

Por su parte, la pequeña burguesía, doblemente azotada por la crisis de beneficios del capital en la medida en que es subsidiaria de los beneficios del capital invertido en Cataluña (y por lo tanto padece especialmente el descenso de estos) y, a la vez, se ve obligada a competir con el resto de burgueses (de Es-

(sigue en pág. 10)

PARO NACIONAL en Cataluña... (viene de la pág. 9)

pañía y del resto del mundo) que aprovechan las oportunidades de negocio en Cataluña desalojándola de la parcela comercial que ha sido hasta ahora suya, lucha por una política que proteja sus intereses, que blinde el mercado local, que impida que las grandes masas de capital movilizadas en Cataluña le desplacen. Lucha, en pocas palabras, contra los efectos de una crisis económica que ha implicado mayor concentración del capital y un incremento de la competencia entre burgueses por lograr una parte de las ganancias que están en juego. En este sentido, sus intereses coinciden en el terreno inmediato con los de la burguesía catalana, que puede lanzar promesas en esta dirección, si bien las duras leyes que gobiernan el mundo capitalista le impondrán, a no mucho tardar, medidas que van en contra de los intereses de la pequeña burguesía.

Finalmente el proletariado ha sufrido más que ninguna otra clase social las consecuencias de la crisis: paro, descenso de los salarios, EREs, aumento de los ritmos de trabajo, colas ante los comedores sociales, redadas policiales contra los proletarios inmigrantes... todo ello como consecuencia de la imperiosa necesidad del capital de incrementar su tasa de ganancia a costa de aumentar la plusvalía, es decir, la parte del trabajo que el burgués no paga al proletario. Y ha padecido estos efectos porque a costa de él viven otras clases sociales, de su trabajo se extrae el beneficio que tanto los grandes como los pequeños burgueses necesitan para mantener su estatus social. Y no han sido sólo los lejanos burgueses de Madrid quienes han aumentado la presión social sobre el proletariado: estos burgueses madrileños son también burgueses catalanes, como catalana es *Caixabank*, catalán es *Gas Natural* y catalana es la familia Raventós; pero, además, el proletario no es explotado sólo por los grandes holdings financieros, lo es también por el pequeño propietario de una empresa del metal de la periferia barcelonesa, lo es por el *payés* que contrata a dos o tres obreros del campo para la vendimia, lo es, en fin, por el hostelero que se lucra con el turismo de las Ramblas y por el propietario de los inmuebles que cobran el alquiler.

Y el uno de octubre todos ellos, *payeses*, tenderos, hosteleros... pero también propietarios de grandes empresas y medios de comunicación, llamaron al obrero a salir a la calle para «defender la democracia».

¡Proletarios!

En el referéndum del 1 de octubre no estaba en juego la independencia de Cataluña, sino una inmensa maniobra destinada a soldar la cohesión social en torno a un proyecto de defensa de la democracia y de las instituciones burguesas que permita presentar un frente interclasista cohesionado en defensa de las exigencias de la burguesía. Este frente se ha articulado *ilegalmente* contra el Estado español porque la burguesía y la pequeña burguesía juegan la baza de imponer su propia *legalidad*, una legalidad que someterá al proletariado de la misma manera que la Generalitat, con el nacionalismo catalán a la cabeza, ya sometió a los proletarios a los recortes durante los últimos cinco años. La diferencia es que ahora se pretende que el *procés* democrático enganche a los proletarios al furgón de la defensa de la nación catalana y de sus exigencias económicas externas e internas. La democracia, todas las democracias que existen, sea cual sea su apellido o sus colores nacionales, es el mecanismo por el cual la burguesía trata de interesar al proletariado en el gobierno de la nación, de hacerle consentir con su propio sometimiento y, por lo tanto, con su propia explotación. Es por ello que el discurso democrático se blande en Barcelona tanto como en Madrid y los gobiernos de ambas capitales pretenden ostentar el papel de verdaderos defensores del Estado de Derecho, la participación ciudadana, etc.

¿En qué queda la lucha por la independencia catalana? ¿En unas votaciones el 1 de octubre? Todos, desde el gobierno central a la Generalitat pasando por los medios de comunicación saben perfectamente que esto no es así. La independencia de Cataluña, la lucha por la independencia que estaría sobre el tablero en el caso de que en Cataluña hubiese fuerzas sociales lo suficientemente fuertes como para estar interesadas en lograrlo, sólo podría lograrse por la vía de la lucha abierta, sobre el terreno de la fuerza, armada... tal y como ha pasado todas y cada una de las veces que una colonia se ha independizado de la metrópoli o una región se ha escindido de un país. Pero Cataluña no es una colonia de España, es la región más rica en la cual la burguesía agita la amenaza de la secesión para obtener ventajas mayores de las que ya disfruta y para pagar un precio menor por la crisis de aquel que quiere el Estado central.

Pero los burgueses y pequeño burgueses catalanes tienen unos objetivos muy diferentes a la independencia que sólo podría lograrse mediante la guerra, por eso reducen toda la lucha a una manifestación democrática: porque su pri-

mer y único interés es ser capaces de vincular a los proletarios, y con ellos al conjunto de las clases, a la defensa de la región, de la economía local, de los intereses de la burguesía identificados con el interés más general. Por eso toda su consigna era *¡Votad!*, que significa *implicaos en la defensa del gobierno catalán como representante de una nación distinta*, lo que sea luego esta nación, una vez estéis todos tras ella, ya os lo diremos nosotros.

Y es por eso, también, que el día 3 de octubre patronal y sindicatos llaman a los proletarios a participar en un *paro nacional*.

¡Proletarios!

El «paro nacional» es una farsa con la cual la burguesía catalana actuando a través de sus agentes sindicales y políticos pretende involucrar a los proletarios en la defensa de la «nación» catalana], de la economía catalana y de la empresa local. En defensa, en pocas palabras, de la red de relaciones sociales que constituyen el capitalismo bajo cualquier cielo y en cualquier confin. Y pretenden hacerlo aludiendo a la situación de verdadera penuria por la que pasan buena parte de los proletarios catalanes. Pretenden hacer creer que la solución a esta penuria pasa por la independencia, que con la salida de España ellos, constituidos en únicos patronos «nacionales», garantizarán el bienestar a la clase trabajadora. Y que, para ello, el proletariado debe jurarle lealtad participando con ellos en un «paro nacional» que vincule a trabajo y capital, a obreros explotados con burgueses explotadores, a los que padecían y a los que ejecutaban los recortes, a los que sufrían los golpes de los *Mossos* en las manifestaciones y a quienes decidían darlos.

El «paro nacional» no es una jornada de lucha de clase, es un paso más en el camino de atar más fuerte la soga que une a los proletarios con la burguesía en el proyecto «patriótico» y de defensa de los intereses económicos de burgueses y pequeño burgueses: así como la soga une al ahorcado y al verdugo, así este «paro nacional» une a obreros con patronos.

Un simple vistazo a los términos de la convocatoria deberían mostrar que lo que está detrás del «paro nacional» no es el interés por mejorar las condiciones de la clase trabajadora mediante la huelga. Los convocantes del paro son tanto los representantes de la patronal de la pequeña y mediana empresa como las organizaciones sindicales, unidos en la *Taula per la Democracia*, organismo que representa los intereses de la pequeña burguesía y de las burocracias sindicales en el *Procés*, poco que ver

PAZ EN EUSKADI (II)

(viene de la pág. 1)

las teorías abertzales aceptará nada de lo dicho hasta el momento. Pero no porque nieguen el hueso de la exposición sino porque, prácticamente desde sus inicios, junto al mito de la revolución anticolonial en Euskadi, a ETA le acompaña uno que, si bien tiene la misma raíz, es mucho más dañino: el mito de una ETA que habría creado un vínculo indisoluble entre marxismo y nacionalismo.

En los primeros años de su existencia, cuando ETA se definía a sí misma únicamente como una organización por la liberación nacional de Euskadi, lo hacía también como sostenedora de una posición intermedia entre «socialismo y capitalismo» propia de la doctrina católica que ha definido históricamente al nacionalismo vasco. Pero los cambios sociales acaecidos en el País Vasco, con la emergencia de las luchas obreras a lo largo de los años '60 y '70, en el resto de España, donde se dio un panorama similar, y en el conjunto de Europa, donde nuevas corrientes pseudo marxistas hicieron su aparición bajo el paraguas de una ideología supuestamente renovada, llevaron a ETA a asumir para sí la definición de marxista. Claro está que este proceso, marcado sobre todo por su intento de aproximarse a las incipientes luchas proletarias que se desarrollaban en las principales regiones del País Vasco y cuyos participantes eran trabajadores inmigrantes del resto de España sin ninguna conexión con la tradición vasca de que ETA defendía como razón de su existencia, no fue lineal y conllevó diferentes escisiones en la organización, escisiones que por su parte dieron lugar posteriormente a algunas de las principales organizaciones de extrema izquierda del panorama político de España (LCR y MCE principalmente). En fin, tras una «transición» en la que se quedaron por el camino algunas decenas de militantes, a principios de los años '60 ETA afirmaba haber dado con la piedra filosofal que transformaba marxismo en nacionalismo y nacionalismo en marxismo merced a la «vía vasca al socialismo».

Esta vía vasca nunca fue otra cosa que un pastiche ideológico en el que se unían unos vagos referentes internacionales (Cuba, Argelia, la propia URSS...) con una exaltación mitificadora de un supuesto pasado anticapitalista vasco destruido, junto con la independencia nacional, por la opresión española. Pero, al margen de esta absoluta imprecisión (o mejor dicho gracias a ella) con esta ideología nacional-comunista ETA intentó alinear tras de sí toda una serie de manifestaciones de la lucha de clase del proletariado dentro de los límites regionales a la vez que presentaba la línea coope-

rativista tan arraigada en Euskadi como alternativa anti capitalista para la clase trabajadora. De hecho se trataba de un programa que juntaba la clásica posición romántica del revolucionarismo pequeñoburgués, en este caso por la vía de la nostalgia dirigida hacia la comunidad tradicional euskaldún, con los impulsos de la lucha obrera en las zonas más industrializadas de la zona, creando una verdadera plataforma interclasista en la que el futuro nacional independiente se presentaba como último objetivo político a lograr, tras el cual la desaparición de las clases sociales sería sólo un epílogo inmediato.

Desde un punto de vista teórico el «comunismo» de ETA poco o nada ha tenido nunca que ver con el verdadero contenido programático del marxismo: en lo que se refiere a sus objetivos finales declarados resulta evidente que la comunidad vasca precapitalista es sólo un recuerdo idealizado que ha pervivido a lo largo de siglo y medio desde su extinción real gracias tanto a la pervivencia de un pequeño campesinado al margen de la gran industria como al continuo desarrollo de fuerzas reaccionarias han cantado sus loas. De hecho el capitalismo nació en Euskadi sobre la base de la pequeña propiedad agraria de igual manera que sobre la base de la industria marítima tradicional aparecieron los astilleros vascos. Incluso es evidente que el desgarró social creado en esta región por el desarrollo de la industria moderna ha sido mucho menor que en otras partes del mundo, más suave por ejemplo que en Cataluña o en Andalucía... razón por la cual los proletarios vascos fueron, hasta los años '60, uno de los sectores más conservadores del proletariado española.

Es cierto que determinados estratos sociales vascos, especialmente aquellos que padecieron el salto brusco hacia la sociedad súper industrializada de los años '70 y que vivieron la agudización de un conflicto social que hasta el momento se había mantenido en un tono relativamente bajo, vieron en ese momento la antigua sociedad rural como la antítesis de un proceso de desarrollo al que identificaron con el capitalismo (olvidando el capitalismo agrario, la pequeña industria, etc. previamente existentes en Euskadi y en el resto de España). Por ello, dado la identidad gran industria (sociedad moderna)-capitalismo, la otra parte de la afirmación apareció rodada pequeña industria (sociedad vasca tradicional)-socialismo.

Es característico de estas clases sociales intermedias, golpeadas tanto por el desarrollo a marchas forzadas de un capitalismo que no reconoce ninguna ley, moral ni tradición que no sean las del valor, el beneficio y la opresión, se lancen a construir nuevas teorías que pretenden pasar por «socialistas» o, peor aún, «marxistas» y que

realmente sólo constituyen la negación de su propia clase social a abandonar su posición social, tradicionalmente privilegiada, ante la presión que sufren por el curso de los acontecimientos. Estas nuevas teorías han bebido (y aún beben, allí donde aparecen) de las peores fuentes de la reacción anti marxista, de la teoría del socialismo nacional, del proudhonismo y del propio estalinismo tan caro a las vías nacionales de cualquier tipo. En el caso de ETA la situación no ha sido en absoluto diferente y todas las declaraciones socialistas hechas por la banda y sus grupos más afines no pueden cambiar esta realidad.

Y esto no porque, tal y como antes hemos mostrado que la misma idea de una nación vasca independiente es un postulado antihistórico y reaccionario, el concepto del «socialismo vasco» constituye una doctrina que marcha en el mismo sentido regresivo. Su base, la fuerza social en la que pretendía apoyarse, es una mezcolanza de clases sociales sustentadas por la pequeña propiedad de la que eran poseedoras con ligeros tintes de mística proletaria. Ese es el concepto de «pueblo trabajador vasco»: un conglomerado social en el que todos los que trabajan en Euskadi (y la pequeña burguesía trabaja -¡vaya que si lo hace!- pero bajo unas condiciones y con una significación histórica radicalmente diferente a la del proletariado) serían portadores de una fuerza revolucionaria capaz de acabar con el capitalismo a condición de conquistar su independencia como nación. Se trata, por lo tanto, del socialismo pequeño burgués por excelencia, en el que se respetaría el valor de cambio, el salario, la propiedad, el dinero... con la vaga esperanza de colocarlos en una perspectiva «social». En este socialismo la base material de la abolición del capitalismo, la extensión cada vez mayor de una clase social privada de todo aquello que no sea su fuerza de trabajo y que, por ello, representa la negación del modo de producción basado en la apropiación privada de los frutos del trabajo asociado, desaparece del mapa. Y con ella desaparecen todas las exigencias fundamentales de la lucha del proletariado, la lucha independiente de clase sobre el terreno inmediato de la defensa de las condiciones de existencia, el órgano-partido colocado sobre el programa marxista, la lucha por el abatimiento del poder burgués condensado en el Estado, la dictadura del proletariado, la intervención despótica sobre la economía dirigida a la transformación socialista de la sociedad, etc.: la naturaleza de la lucha del proletariado queda completamente desfigurada desde el momento en que se intenta hacer común a otras clases sociales que buscan un supuesto acomodo en ella.

Pero el problema del supuesto

«marxismo» de ETA no se solventa simplemente mostrando cuán alejado está del verdadero comunismo revolucionario. Es necesario entender que este aspecto «social» de la lucha por la independencia nacional de Euskadi, completamente ausente en cualquier manifestación previa de las múltiples corrientes nacionalistas que aparecieron en las tierras vascas, tuvo una profundidad que no se puede desdeñar en tanto que es un fenómeno que marcó los años más duros de la lucha de ETA y de los grupos políticos aledaños a esta.

En pocas palabras puede decirse que este «socialismo» de ETA tuvo fuerza como consigna en la medida en que ocupaba el lugar que los grupos políticos de izquierda (socialdemócratas del PSOE, estalinistas del PCE y aledaños, etc.) habían dejado vacío en el curso de la Transición. El apoyo de determinados estratos de la clase obrera a ETA se debió precisamente a que esta presentaba, al menos, un programa intransigente, pese a lo vago e impreciso, en el que se abogaba por la lucha abierta (aunque esta lucha se dirigiese contra fines tan poco definidos como «la oligarquía vasca» o el «Estado español» en general). En una de las regiones más industrializadas de España, con un proletariado que protagonizó algunos de los episodios de lucha más importantes a lo largo de los años '70, ETA representó una corriente irredenta, que no transigió con el programa de cohesión nacional tras la burguesía que se había impuesto en todo el país y del que eran partícipes todos los partidos de la antigua oposición anti franquista. Por la vía de los hechos, ETA canalizó la insatisfacción y la rabia de muchos proletarios que al menos en ella aún oían hablar de socialismo y de lucha de clases mientras en el resto de corrientes sólo escuchaban las palabras paz y conciliación nacional.

No se trata para nosotros, marxistas revolucionarios, de «salvar» una parte de ETA, de condicionar nuestro posicionamiento al respecto de esta organización al hecho de que arrasase las simpatías de un buen número de proletarios. Pero ahora que la paz ha triunfado definitivamente, esa paz que en el capitalismo sólo significa la antesala de una nueva guerra, y el discurso democrático se impone por todas partes, no se debe hacer ninguna concesión a los argumentos que pretenden extirpar de las fábricas y de los barrios proletarios de Euskadi las razones para que el conflicto que tuvo a ETA como protagonista persistiese a lo largo de décadas. En esa influencia de ETA entre la clase proletaria, que no negamos, vemos precisamente la imposición de un programa, de una doctrina, de una organización y de un medio de lucha completamente ajenos a la clase proletaria, vemos un camino que, precisamente, ha contribuido a

alejar a esta clase de la reanudación de su lucha independiente y de sus propios objetivos. Y lo vemos porque no hacemos ninguna concesión ni al demócratismo ni al pacifismo y entendemos, por lo tanto, que el combate político por agrupar a la clase proletaria tras la bandera de la lucha abierta contra la burguesía no se puede detener a la hora de exponer los aspectos más espinosos del curso de esta lucha.

Ha vencido el terror

Estos aspectos espinosos no tratan de la influencia de una corriente pseudo-marxista entre los proletarios, algo que realmente es muy común y cuya relevancia histórica puede verse en prácticamente cualquier episodio de la lucha de clases, sino en el hecho de que esta influencia se haya producido a través de un grupo armado que ha mantenido su actividad a lo largo de más de cuarenta años.

El terrorismo es espinoso en la medida en que los marxistas revolucionarios debemos hacer ver que nuestro posicionamiento concreto a la práctica terrorista de grupos como ETA no parte de una perspectiva pacifista, del rechazo a la violencia, del respeto por los cauces democráticos de lucha, etc.: los marxistas revolucionarios **jamás** renunciaremos a defender que la lucha armada, el terror ejercido por el proletariado contra la burguesía, la insurrección violenta, son episodios **ineludibles** en la lucha de clase del proletariado, como no renunciaremos a defender estos términos sin abstracciones, fijándolos a los términos concretos con que deben aparecer (y aparecerán) sobre el terreno de la historia. Es desde esta posición, desde la defensa de la necesidad histórica de la violencia proletaria (también de la violencia armada) que los marxistas realizamos nuestra crítica a las posiciones de ETA.

Hemos expuesto en la primera parte de este artículo las causas materiales y las raíces históricas de la aparición de ETA y, especialmente, de su aparición como grupo armado que utilizó métodos terroristas para alcanzar sus fines. Para ello hemos realizado una breve síntesis de la relevancia de la cuestión nacional en Euskadi y las convulsas manifestaciones a la que esta ha dado lugar, fijando la posición del marxismo revolucionario a partir del papel reaccionario que la lucha nacional en Euskadi ha jugado. Pero es necesario aún explicar la aparente autonomía del factor armado una vez que los términos de esta cuestión nacional parecían ir encauzándose por la vía de la integración en el Estado de las autonomías españolas.*

El terrorismo ha jugado un papel relevante en la historia del movimiento de clase del proletariado (**). Ha constituido en muchos sentidos tanto la reacción ante una fase de decadencia

de la lucha proletaria, en la que ésta prácticamente desaparecía dando lugar a las ilusiones de una posible precipitación de su reanudación, como la reacción ante las corrientes del movimiento obrero que han rechazado la necesidad de la lucha de clase del proletariado, de su lucha política abiertamente enfrentada a la burguesía y por lo tanto violenta. Partiendo de situaciones similares a lo largo de la historia (terrorismo de matriz anarquista tras el reflujo de la lucha de clase tras la Comuna de París en Francia, tras las intentonas republicanas del '73-'74 en España... hasta llegar al terrorismo tipo Baader-Meinhof y Brigadas Rojas en los años '70) el fenómeno del terrorismo ha aparecido siempre en un momento histórico en el cual las fuerzas de la clase proletaria parecían abatidas y los partidos que decían representarlas promovían abiertamente una política de colaboración entre clases, pretendiendo solventar mediante la acción armada la situación de derrota de la clase y los problemas políticos que esta planteaba.

De por sí el terrorismo individualista ha constituido un reflejo de la política de colaboración entre clases practicada por las grandes corrientes del oportunismo político y sindical: de la misma manera en que estas negaban la necesidad de una acción independiente de la clase proletaria, la necesidad de la lucha política encaminada a la aniquilación del poder burgués y a la imposición de la dictadura revolucionaria del proletariado a través de un largo camino repleto de avances y retrocesos por el que era necesario pasar sin buscar soluciones rápidas, el terrorismo ha dado siempre la respuesta del *inmediatismo*, ha preconizado la posibilidad de violentar las fases de depresión de la curva de la lucha de clase a través de una acción armada que habría servido como revulsivo general para el despertar proletario. De esta manera, ha negado también la lucha sobre los diversos terrenos que el proletariado debía (y debe!) llevar: una lucha que parte de la expresión espontánea de la confrontación con la burguesía y que se desarrolla en pequeños enfrentamientos cotidianos de los cuales la clase proletaria extrae la experiencia que necesita para colocarse sobre un terreno más amplio, el de la lucha general política, y para ser permeada por el programa revolucionario del marxismo, a través del cual puede entender los términos exactos de su emancipación.

El terrorismo de tipo ETA ha pretendido siempre que estos duros pasos son prescindibles, que basta una minoría audaz de revolucionarios que empuñen las armas para anular las dificultades de la lucha de clase tomando un desvío que ataja en el camino. De hecho el auge de la actividad

(sigue en pág. 14)

PAZ EN EUSKADI (II)

(viene de la pág. 13)

armada de ETA se corresponde con el final de los años '70 y con la primera mitad de los '80: una época en la que, pese a la gran movilización social que existía, con una clase proletaria que sentía los primeros impulsos encaminados a hacerla salir de varias décadas de letargo, era evidente que un retorno a la lucha de clase a gran escala estaba todavía muy lejano -que por lo tanto el conjunto de instituciones mediante las cuales la burguesía ejerce su dominio sobre el proletariado se encontraban aun firmemente asentadas y que los continuos agravios a las condiciones de existencia del proletariado resultaban sumamente difíciles de vencer. En esta situación la acción armada de ETA buscó sustituir el duro proceso de aprendizaje por el que la clase proletaria debía pasar, un proceso que con toda probabilidad arrojaría resultados difícilmente valorables en el corto plazo, por una agitación contra el aparato del Estado, contra sus representantes y contra instituciones especialmente odiosas para la clase proletaria.

Por supuesto que para ETA esta acción armada se encontraba encuadrada en una estrategia a largo plazo que pretendía plantear resultados tangibles ya en el corto. Y, en este sentido, se centró en la consecución de unas exigencias inmediatas que hiciesen las veces de programa mínimo, de corte democrático y parlamentario. Entendiendo este punto, comprendiendo las exigencias de ETA al respecto de temas como las fuerzas de seguridad del Estado, los problemas sindicales, en una palabra, lo que fue la «Alternativa KAS» (***) se comprueba que el lucharmadismo nacionalista, negando la lucha independiente de la clase proletaria, negando por tanto la función y el papel del partido de clase, no asumía ninguna vía novedosa, no constituía una fuerza social de tipo nuevo, sino que reproducía el clásico esquema socialdemócrata que pretende reforzar la democracia (en este caso la democracia nacional vasca) y, sólo cuando una democracia «perfecta» exista, lanzar sus consignas finales. ETA, visto esto, constituyó un ejemplo de *reformismo armado* que canalizó por la vía de la lucha violenta la tensión social existente en el Euskadi de los años '70 y '80 hacia la renuncia a la lucha de clase.

Para ver mejor este punto basta con observar cuál ha sido la evolución real de ETA y la llamada Izquierda Abertzale a lo largo de las últimas décadas: de la acción armada planteada en términos de guerra abierta contra el Estado a la aceptación de absolutamente todas las exigencias que el Estado español le ha puesto encima de la mesa; de la lucha parlamentaria como mera

agitación secundaria frente a la actividad militar al completo dominio de posiciones abiertamente pacifistas y legalistas; de la movilización de las clases sociales proletaria y pequeño burguesa de Euskadi a la colaboración en la aniquilación de cualquier brote de conflicto social. Todo ello en el plazo de cuarenta años, jalonado por una progresiva aceptación de negociaciones, pactos con otras fuerzas políticas, etc. que han llevado de las consignas «revolucionarias» de los años '70 a la aceptación sin condiciones de las instituciones como único terreno donde librar su «lucha».

La paz ha llegado a Euskadi después de décadas de lucha armada. En este tiempo las calles de Euskadi han visto caer a decenas de personas, militantes obreros, nacionalistas, miembros de grupos autónomos, etarras, etc. La reacción del Estado no sólo contra la acción de ETA sino contra cualquier movilización en Euskadi ha sido avasalladora y ha dejado una paz regada en sangre. Pero las raíces del llamado conflicto vasco no han desaparecido. Este, lejos de haber constituido una lucha entre «los violentos» y «los demócratas», tiene su origen en la incapacidad del Estado burgués de proporcionar una solución a los problemas sociales que el capitalismo genera, mucho menos al gran conflicto social que enfrenta a burguesía contra proletariado. En este conflicto ETA representó una vía muerta, un elemento de confusión y disgregación para una clase proletaria que empezó a luchar y que se encontró o bien atraída o bien repelida por una acción armada que jugaba el papel de sustituir a la fuerza política de la clase proletaria. Sin duda la violencia jugó un papel muy importante a la hora de desmoralizar a la gran parte del proletariado incapaz de asumir y ni tan siquiera entender un nivel de enfrentamiento que se colocaba muy por encima de lo que sus condiciones de lucha del momento exigían. El terror, la represión y los asesinatos a cargo del Estado hicieron que para el resto de la clase proletaria la lucha se limitase a apoyar solidariamente a los miembros de ETA y de sus organizaciones afines.

Si la doctrina nacionalista impuso un encuadre político y organizativo del que el proletariado fue incapaz de escapar, aunque esto se haya demostrado por el abandono del terreno de la lucha por buena parte de ese proletariado, el terrorismo de ETA contribuyó a dar a este nacionalismo un aura de validez refrendada por la sangre de los cientos de muertos y encarcelados. Pero para la clase proletaria ambos, nacionalismo y terrorismo tipo ETA, han constituido y constituirán siempre frenos a su lucha de clase, frenos a su capacidad de organizarse fuera y contra las políticas interclases de unidad y solidaridad nacional, frenos,

en fin, a su fuerza independiente. Ahora la paz vasca se impone como una losa sobre este proletariado, que deberá soportar el peso del discurso democrático de los vencedores y de los vencidos a la vez que se le amenaza con la más dura de las represiones contra quien quiera que intente romper con él. Pero realmente esta realineación de Estado y ETA-Izquierda Abertzale sobre el mismo terreno constituye una ventaja, en la medida en que ahora es posible extraer el balance de cuarenta años de lucha armada nacionalista, ahora es posible ver cómo finalmente el independentismo vasco corre a refugiarse en las instituciones españolas y jura lealtad a la Guardia Civil.

La paz en Euskadi no la volverá a romper ETA, la romperá un proletariado que será capaz de aprender las lecciones de la lucha de ETA, de la represión implacable del Estado y que combatirá con saña tanto la desviación del nacionalismo (armado o no) como la permanente reacción del Estado. Entonces la burguesía ya no tendrá enfrente a un grupo armado con el cual, mal que bien, puede siempre negociar: se encontrará de bruces con sus sepultureros, una clase a la que la historia le impide dar marcha atrás.

NOTAS

(*) Como Estado de las Autonomías se conoce el ordenamiento jurídico territorial del Reino de España, en el cual se reconoce un amplio abanico de derechos a los gobiernos locales en términos legislativos, judiciales, fiscales, de seguridad, etc.

(**) Para un trabajo más profundo sobre el problema del terrorismo puede leerse *El terrorismo y el difícil camino del reanudamiento de la lucha de clases*, aparecido en *El Programa Comunista*, n°s 30 y 31.

(***) La Alternativa KAS (*Koordinadora Abertzale Sozialista-Coordinadora Patriota Socialista*) fue una plataforma reivindicativa planteada por varios grupos del ámbito del independentismo vasco ligado a la lucha armada. Sus exigencias, nada revolucionarias, eran:

- Establecimiento de libertades democráticas.
- Amnistía.
- Adopción de medidas destinadas a mejorar las condiciones de vida de las masas populares y en particular de la clase obrera.
- Disolución de los cuerpos represivos.
- Reconocimiento de la Soberanía Nacional de Euskadi, lo que conlleva el derecho del pueblo vasco a disponer con entera libertad de su destino nacional y la creación de un Estado propio.
- Establecimiento inmediato y a título provisional de un Estatuto de Autonomía que surta efecto en Araba, Gipuzkoa, Nafarroa y Bizkaia.
- Constitución, en el marco de tal Estatuto, de un Gobierno Provisional de Euskadi.

NATURALEZA Y OBJETIVOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Lacerante alternativa histórica en el proletariado blanco tras la onda del asalto de la primera postguerra rosa y roja y el oscurecimiento presente en los partidos corrompidos de Moscú.

Consideremos los motivos políticos e ideológicos junto a los económicos. Antes de nada, si el marxismo y toda su construcción tienen aún sentido es imposible una revolución socialista sin el partido comunista que debe realizar los objetivos de esa revolución socialista. Nos hemos extendido hablando de Castro para mostrar su figura de revolucionario pequeño burgués. Aparece como alguien que se considera con una ideología —si es que tiene alguna— que no fue nunca la socialista y marxista. Lo mismo puede decirse de los otros dirigentes del movimiento 26 de Julio. De la misma manera que es evidente que ningún miembro del gobierno era marxista y que incluso los había declarados anticomunistas.

Por otra parte, el fin de la revolución cubana no ha sido nunca la instauración de la dictadura del proletariado para la transformación socialista de la sociedad. ¿Cómo podía serlo con una América que apoyaba a Castro y cia.? Todas las fuerzas políticas cubanas tenían tal miedo de infectarse de socialismo (aún de aquel falso socialismo a la rusa) que, como sabemos, en julio del '58, a pocos meses de la toma del poder, no aceptaron en su frente al PSP. ¿No es una prueba de moderación suficiente? ¿No significaba que el mismo Castro ignoraba a dónde le conducirían las fuerzas en movimiento? ¿No se le puede decir a él mismo aquello que dice él, ironizando, de ciertos dirigentes: que querían la revolución, pero no demasiada revolución?

Antes de que Castro declarase socialista la revolución cubana, todos hablaban un poco de su originalidad, sin saber indicar el significado tanto de su punto de vista general como del particular sobre las realizaciones prácticas. Se decía que aquella revolución era un proceso en el cual todo cambiaba cada día, incluso... los objetivos y los mismos dirigentes, Castro incluido. Según Sartre, su originalidad consistía «en hacer lo que es necesario hacer sin intentar estabilizarlo a través de una ideología preliminar». Los autores del libro citado, que son admiradores y apoyan entusiásticamente al castrismo, fueron de los primeros en considerar socialista a la nueva Cuba y se complacían en esta originalidad: «es la primera vez —en cualquier tiempo y lugar— que una verdadera revolución socialista es hecha por no comunistas»

Para nosotros las cosas son diferentes de estas explicaciones aleatorias, en las cuales el mito juega su parte junto a la deliberada con falsificación de la realidad. El hilo conductor de nuestro determinismo que aclara todos los desarrollos de la revolución cubana desde la fase de lucha contra el régimen interno a la de la lucha contra el verdadero y primer responsable de la opresión: el capital estadounidense. Como Castro no fue libre de quedarse a medio camino, así el imperialismo americano no fue libre de actuar por la fuerza contra la pequeña y prepotente república del Caribe. Los factores internacionales que le han atado las manos al gigan-

te americano han sido sus relaciones con los países de América Latina. Un golpe habría tenido resonancias negativas y quizá desastrosas así como consecuencias irreparables. No fueron, es cierto, las amenazas de Krushev las que impidieron al gigante Yankee el dar cuenta del David cubano. Si la URSS ha desarrollado un papel a favor de Cuba, ha sido sólo de naturaleza económica y no política, no directo y espontáneo sino como producto inevitable de una situación. Está absolutamente fuera de duda que no se trató de una directiva consciente. Fue el efecto de una ocasión que se presentaba al expansionismo económico y político de la URSS en cuanto potencia imperialista rival de los EE.UU. y no la realización de un inexistente programa revolucionario de apoyo a los países coloniales y semicoloniales.

Hasta 1960 ni el PCI ni el PCF vieron el socialismo de la revolución cubana. En el número 116 de mayo de este año de la revista *La vérité des travailleurs* los trotskistas franceses revelan que «L'Humanité condena con vehemencia la agresión (de abril) pero hasta los últimos días mantienen el más absoluto silencio sobre la naturaleza de la revolución cubana» y reportan el siguiente paso de un editorialista de *L'Humanité* que contesta sobre el carácter socialista de la consigna: «Las reformas decididas por la revolución son simples reformas democráticas, o medidas normales que tomaría todo gobierno nacional y patriota contra sociedades extranjeras que matan de hambre al país»

El PCI, por su parte, se alineó desde febrero de este año, no «oficialmente se entiende» sino por medio de un enviado a Cuba, que se entrevistó con Castro. Este, a la pregunta: «Comandante, ¿cuál es el carácter de la revolución cubana?», respondió: «Vosotros, periodistas, tenéis la manía de definir, de encuadrar en esquemas, sois endiabladamente dogmáticos [pensad en un dirigente del PCI batido en el «concretismo»] ¿Quieres saber si esta es una revolución socialista? Escríbelo en ese caso» La definición de estado socialista dada a Cuba por los castristas y sus amigos y enemigos deriva del único lugar común de que, donde es preponderante la estructura empresarial considerada pública respecto al sector privado de la economía, hay socialismo. La forma estatal y cooperativa de la empresa es considerada por ellos, sin discusión, como forma socialista. Con los datos a disposición damos una visión a la economía cubana de hoy.

Industria. El 80% está nacionalizada. Sólo pequeñas empresas y el pequeño comercio y el artesanado están en manos privadas. El comercio con el exterior está nacionalizado junto con la banca. En Cuba no existía una industria digna de este nombre. Existían industrias primarias de extracción de materias primas. La eléctrica se alimenta con petróleo, que viene de fuera. Después están las de consumo: industria de construcción y de cerveza. Y en ellas todo o casi todo —se entiende que fuera de las refinerías del azúcar

y de las manufacturas del tabaco. Desde la instauración del régimen de Castro no se ha superado la fase de los proyectos para crear una industria nacional. Problemas difíciles de resolver son los de los recambios y la falta de personal técnico. «El término caos puede ser muy fuerte para definir la situación en ese sector, pero en cualquier modo no está muy alejado de la realidad», escriben los citados Sweezy y Huberman.

Agricultura. Nos referimos a la división tan querida por los socialistas de todos los colores. La tomamos de *L'Unità* del 25-5-61 en la cual el enviado a Cuba ha deducido los datos del opúsculo «Objetivos nacionales de la producción agropecuaria para el año 1961» recientemente publicado en Cuba. Se contenta con reportar los datos de antes de la revolución, resultantes de un censo de 1953: *campesinos, cultivadores y rancheros* (propietarios y arrendatarios de diferentes tipos, es decir, colonos, etc.) 221,939 unidades; *obreros agrícolas*: 568,799 unidades. Juntos representan el 39,8% de la población activa de la isla, calculada en 1.972.266 unidades y, separadamente, el 11% los primeros y el 28,8% los segundos. Como se ve, es grande el peso de las fuerzas propietarias agrícolas. En cuanto al tipo de empresa la situación era la siguiente: *pequeñas empresas y conducciones familiares* entre las cuales 1 de cada 5 emplean trabajo asalariado, eran el 39% del número total; extensión de 0,3 a 8 Ha. ocupaban sólo el 3,3% de la tierra cultivable; *grandes empresas*: eran el 1,8% del total —con extensión de más de 100Ha. ocupaban el 70% de las tierras empleando la mayor parte trabajo asalariado.

Hoy la situación es la siguiente:

Sector privado: 150.000 pequeños propietarios (de los cuales 101.000 creados con la R.A.) constituyen el 94% de la población rural y con el 37% de las tierras; 3.855 medios propietarios y 5970 grandes propietarios, que juntos poseen el 23% de las tierras.

Sector «socialista» (con el 40% de las tierras): formado por las «cooperativas cañeras» y por las «granjas del pueblo». Decimos algo sobre estas: las cooperativas son una especie de colcos ruso. La tierra y la propiedad del Estado. Sus «miembros» son obreros sin tierra que llevan sólo algunos pocos efectos personales y que reciben un salario y un beneficio a final de año, si existe. De media una cooperativa está formada por 100 familias. Actualmente se están construyendo casas en torno a una escuela y a una tienda del pueblo. Dirección nombrada desde arriba, es decir, por el INR. Las granjas por su parte son empresas estatales, una especie de sovkoz ruso. Tierra y capitales son del Estado, al cual van los beneficios además del rendimiento. Sus miembros son asalariados puros.

Como los mismos dos economistas americanos reconocen, las cooperativas crean dos problemas difíciles de resolver: el de los trabajadores aún sin tierra y que no son miembros de coo-

(sigue en pág. 16)

Dos nuevas ediciones de la *Dialéctica de la naturaleza*, de Engels.

Recientemente la *Dialéctica de la naturaleza*, de Engels, ha sido editada, casi a la vez, por Akal (2017) y por Amazon. Resulta llamativo que, después de casi cuarenta años de la última edición en España de este libro dos casas editoriales se decidan a sacarlo al mercado casi simultáneamente. Akal fue la editora de la *Dialéctica* en 1978, una época sin duda más prolífica en ediciones de los textos tanto de Marx y Engels como de otros autores marxistas, de manera que seguramente conservase algún privilegio comercial respecto al volumen, mientras que Amazon ha sacado este libro sin dar ninguna explicación en forma de prólogo, sinopsis, etc. En cualquier caso, que ambas editoriales se hayan lanzado a editarlo es, sin duda, significativo de un cierto interés por los textos que conforman el libro y, más en general, por los volúmenes clásicos del marxismo (algo de lo que es especialmente indicativa la edición de Amazon, editorial que, como es sabido, realiza exhaustivos estudios de mercado antes de lanzarse a ningún proyecto comercial). Durante décadas los libros de Marx, Engels o Lenin sólo ha sido posible adquirirlos, más allá de algunos como el *Manifiesto del Partido Comunista* o *El Capital*, en viejas ediciones que sólo se encontraban en librerías de viejo. Sin embargo, en los últimos años, hemos visto reeditarse buena cantidad de textos casi desaparecidos, como son las *Obras selectas*, de Marx y Engels, que editó Akal tomando como referencia la compilación de las *Ediciones en lenguas extranjeras* (dependiente de la desaparecida URSS), los *Escritos sobre España*, también de Marx y Engels y al menos en otra editorial aparte de Akal; también han aparecido los *Escritos económicos* de Lenin, en 3 volúmenes y a cargo del Fondo de Cultura Económico, *¿Qué hacer?* o un amplio catálogo de libros que se pueden llamar clásicos sobre la Revolución Rusa: *El Gran debate* (2 volúmenes) sobre la polémica en el Partido Bolchevique durante los años de 1923 y 1924, *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed, etc. Sin duda, para unas editoriales que durante décadas han ignorado completamente este tipo de libros para centrarse en publicar exclusivamente las últimas novedades del pensamiento político universitario, volver a estas ediciones es un intento de captar un mercado que debe estar creciendo, lo cual a su vez indica que, de alguna manera, rebrota un interés por conocer de primera mano al menos una pequeña

parte de lo que Marx, Engels o Lenin escribieron.

Otra cosa es la calidad de lo que se edita, en relación a lo que no se edita, y la de las propias ediciones. En este sentido también la reedición de la *Dialéctica* es llamativa. Lo común para este tipo de negocios editoriales es sacar al mercado los cuatro o cinco libros cuya edición lleva décadas preparada y dejar de lado cualquier tipo de proyecto que suponga un mínimo coste en su elaboración. Lo normal, por lo tanto, es ver *El Manifiesto del Partido Comunista*, *El Capital*, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, etc. reeditados una y otra vez, conservando siempre la misma mala traducción e incluso las mismas erratas que en las ediciones de la década de los '70: son libros que simplemente por la fama que han adquirido tienen cierto tirón de ventas y siempre aportan rentabilidad. Lo normal, también, es editar de vez en cuando una «introducción» a Marx, alguna compilación de artículos o una «guía de lectura de *El Capital*» o a cargo de algún aspirante a teórico (de entre estas últimas señalamos una especialmente mala perpetrada hace no mucho por el niño mimado de la contestación académica, César Rendueles). Pero precisamente la *Dialéctica* no es un libro que se suela editar habitualmente. Es un conjunto de textos que no se leen con facilidad, sobre todo porque, a fuerza de desconocido, rara vez existe ninguna guía de lectura o algún manual de usos preconcebidos, de esos que tanto gustan a los profesores de la universidad, que permita avanzar sobre él sin descalabrarse. De hecho es un libro al que muchos «lectores profesionales» de las cuatro cosas de Marx que se han publicado en castellano desprecian por considerarlo un intento de Engels por manipular el «pensamiento marxista» metiéndose en el terreno de una sistematización científica que consideran ajena a la obra de su sociólogo alemán: con todas estas características que, sin duda, no facilitan en nada su recepción, choca doblemente el que dos editoriales se hayan propuesto editarlo este año.

El marxismo, por lo general, se concibe hoy como un árbol de dos ramas. La primera de ellas sería la parte económica, oscura, de difícil acceso y difícilmente comprensible. Haciendo caso a más de un siglo de asalto relativista a la ciencia económica, esta supuesta rama del marxismo ha quedado práctica-

mente como una rareza intelectual cuyos axiomas y postulados se colocan siempre entre unas comillas que indican un supuesto desfase respecto a las últimas corrientes del pensamiento económico. Para quienes dicen profesar el marxismo económico, además, este ha quedado reducido a una serie de planteamientos técnicos que rigen únicamente para analizar algunos elementos del desarrollo del capitalismo moderno y que en absoluto tienen relación con el esfuerzo de Marx y Engels, así como de Lenin y tantos otros revolucionarios marxistas para quienes la crítica de la economía política era un problema de orden programático y no mecanicista por definir tanto el surgimiento como el desarrollo y, sobre todo, las condiciones de desaparición del modo de producción capitalista. En 1852, inmerso todavía en el trabajo que daría lugar al primer volumen de *El Capital*, Marx realizó la famosa afirmación de que la única novedad que él había aportado a la teoría de la lucha entre las clases era: «1) que la existencia de las clases va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y una sociedad sin clases [...]» (1). En ella se contiene la explicación de toda una vida dedicada al estudio de las leyes que rigen tanto el sistema capitalista como la precipitación de este en el abismo y su posterior superación: todo el trabajo económico de Marx y Engels consiste en una exposición a partir de los elementos esenciales del modo de producción capitalista (entre los cuales los primeros las clases sociales derivadas de la relación entre trabajo asalariado y capital) de la transitoriedad de este; toda la crítica de la economía política es, en sí misma, una crítica de los argumentos económicos que pretenden o bien fijar el capitalismo como un régimen definitivo para la humanidad o bien contraponerle construcciones teóricas ideales, vacías y ahistóricas. Buscar en el marxismo una doctrina económica al uso, una explicación formal de las características del capitalismo que se encuentre desligada del determinismo histórico que ya ha fijado la caducidad de aquel significa desvirtuar completamente la obra de Marx. Para aquellos que consideran que exis-

(sigue en pág. 17)

(viene de la pág. 15)

perativas con una relativamente nueva división de clases en el campo y el que aparece entre las cooperativas ricas y las pobres, con otras diferencias. Pero, aparte de esto, ¿qué más decir sobre estas realizaciones del régimen, para demostrar que no se trata de socialismo?

Las nacionalizaciones que respetan sobre todo a la propiedad americana han sido más el fruto de la inevitable lucha contra los EE.UU. que la realización de un programa.

Se ha dejado en manos privadas grandes y rentables empresas modernas que un régimen proletario haría pasado inmediatamente al ejercicio colectivo. Como cualquier reforma burguesa, esta es la medida clásica para premiar a los grandes agrarios y si en Cuba han quedado relativamente pocos, es porque los americanos han preferido volverse a su país.

Otra medida que nunca un Estado revolucionario proletario soñaría con

tomar es la de indemnizar a los expropiados.

Las cooperativas no son un paso tan avanzado como se cree. Quizá las condiciones técnicas y económicas estaban maduras para la gestión directa por parte del Estado. La indivisibilidad de las plantaciones es como la de las fábricas. Aquellos que se han convertido en miembros de cooperativas eran gentes que no tenían ni de lejos el sentido de la propiedad y ahora ya lo tienen. Por ello no significan un paso adelante.

Las empresas estatales han nacido de la necesidad de fuertes capitales iniciales. De hecho estas se refieren sobre todo a las empresas para la producción del ganado que exigían instalaciones nuevas y costosas (incubadoras, etc.)

Pero lo que es más importante para distinguir las realizaciones de un poder proletario y socialista de uno burgués no está tanto en el cómo se produce como en el cómo se distribuye. Que los productos agrarios e industria-

les pasen todos por los canales del libre comercio con la mediación de la moneda... eso a los falsos socialistas no les importa. Y lo que es más ridículo es que en estas condiciones vengan a hablar de planificación y de control de las fuerzas productivas.

El 26 de julio de 1961, octavo aniversario de la primera revuelta contra Batista, en un discurso dado en la Plaza José Martí de La Habana, Fidel Castro anunció la unificación de las diversas fuerzas políticas, incluido el PSP (comunista) en el «Partido único de la revolución socialista de Cuba». Las «previsiones» de varios «socialistas» se han verificado. Esta que para ellos es una nueva y «original» vía al socialismo es para nosotros la enésima prueba de que no sólo el castrismo sino el «comunismo» de todos aquellos que se reclaman de Moscú no tiene nada que ver con el socialismo. No sólo: estos acontecimientos son otras tantas confesiones de la naturaleza burguesa del Estado ruso y de los partidos ligados a este.

te una «economía marxista» como una rama en sí misma del conocimiento, una versión de la «teoría crítica», el marxismo es una disciplina vulgar que puede comprenderse y sistematizarse para su enseñanza académica en unos cuantos manuales, pero también un *modus vivendi* que les permite ocupar algunas cátedras y publicar en algunos periódicos merced al hecho de que dominan una disciplina más parecida a los saltos acrobáticos del circo que a aquello que pretendían sus primeros defensores.

El desarrollo históricamente diverso de las sociedades humanas, en las diversas áreas habitadas por el hombre, ha comportado tanto la formación de las clases sociales en las cuales la sociedad se ha ido dividiendo como su aparición no simultánea en las diversas áreas del mundo o el desarrollo más o menos rápido de la técnica productiva, dando a determinados grupos humanos (y, por lo tanto, a sus «naciones») —dada la técnica productiva más avanzada que poseían— la posibilidad de sobrevivir en los diversos continentes. La división en clases de la sociedad se ha ampliado a la división entre grupos humanos más o menos avanzados en términos de progreso, por lo tanto entre naciones-Estados dominantes y naciones-Estados dominados. Sólo el materialismo histórico y dialéctico —por lo tanto el marxismo— ha podido leer científicamente las leyes de la historia; el materialismo vulgar de la burguesía ha alcanzado resultados relevantes desde el punto de vista científico respecto a la naturaleza, pero no respecto a la sociedad humana; y esta dificultad es objetiva, por lo tanto histórica, porque la visión burguesa del mundo se queda necesariamente en la sociedad dividida en clases, y en particular en la sociedad capitalista, con todas sus características contradictorias y dialécticamente antihistóricas.

Siendo la clase *dominante* y poseyendo el privilegio —obtenido con la fuerza económica y con las armas— de haber sometido al mundo entero a las leyes del capitalismo, la clase dominante burguesa se mueve exclusivamente por el interés de mantener su dominio de la sociedad, de mantener la sociedad dividida en clases antagónicas, de enfrentarse con cualquier medio al desarrollo dialéctico histórico de su propia economía que les lleva a ser del todo antihistórico como modo de producción y superflua como clase dirigente de la economía y a la sociedad entera, porque es el mismo sistema capitalista que empuja las fuerzas productivas a un desarrollo cada vez mayor, pero que, al mismo tiempo, le sofoca, constriñiéndolo a crisis sistemáticas con el único fin de mantenerse vivo como modo de producción. Objetivamente la técnica productiva y el desarrollo social no tiene ya necesidad de sostenerse sobre la división en clases de la sociedad. Pero, siendo la clase burguesa la última clase dominante de la historia que se mantiene a sí misma como tal sólo en tanto que la sociedad humana continúa dividida entre clases que explotan y dominan y clases que son explotadas y dominadas, no puede sino concebir una ciencia social que confirme la ley histórica del fin de la sociedad dividida en clases. Es por eso que el paso de la *ciencia* de la naturaleza a la sociedad humana impide a la burguesía dar el salto cualitativo que sólo el marxismo ha podido dar, obligándola a pasar del materialismo de la ciencia natural (los fenómenos de la naturaleza física tratados mediante la investigación experimental y no ya como datos revelados o especulativos) al idealismo, a la metafísica (los fenómenos sociales tratados como resultado de la idea que los hombres de la época capitalista se han hecho de la realidad social; el más alto nivel de dialéctica alcanzado por la burguesía, el de Hegel, la liga al *espíritu* humano, a actos de puro pensamiento: es la *idea* la que define la realidad;

se podría decir que la dialéctica en Hegel es la dialéctica de la Razón —Razón como principio de cualquier cosa, la realidad como resultado del pensamiento, de la Razón). La única «dialéctica» que la clase burguesa concibe es la ley de los conceptos abstractos, como la Idea o el Absoluto, de los cuales partir para definir la realidad y tornar a realidades «definidas». Para el marxismo, la superación de la dialéctica hegeliana, y por lo tanto de la filosofía, está en el retomar las leyes del devenir (tesis, antítesis, síntesis, ver Kant y Hegel) pero partiendo de los datos materiales e históricos de la actividad de los hombres y no de conceptos abstractos, no de un supuesto abstracto universal para definir los particulares.

Por otro lado está la supuesta rama del marxismo política o social, la más sencilla y digerible, la que proporciona «herramientas», «métodos», para «comprender y transformar» el mundo. Se trata, sin embargo, de la parte más adulterada y ridiculizada del marxismo: aquella en la cual los postulados básicos de este han sido arrojados a la basura y sólo se han salvado del estercolero algunas afirmaciones que permiten casar la figura de Marx y Engels con las posiciones políticas más abyectas. De esta escuela provienen no sólo los estalinistas y socialdemócratas clásicos sino también una ingente cantidad de nuevos intelectuales, sociólogos y políticos en su mayoría, que han entresacado la idea de que el marxismo es simplemente una inspiración, proveniente de unos pensadores especialmente brillantes, que les permite a ellos elaborar nuevas y más sofisticadas doctrinas que, supuestamente, abarcan todo aquello que ni Marx ni Engels lograron entender.

Mientras en la ideología burguesa la actividad humana se subdivide en diversos campos, cada uno de los cuales responde a criterios diferentes el uno del otro, dividiendo por lo tanto los fenómenos sociales en campos de investigación distintos, y presuponiendo la posibilidad de que un resultado de la investigación se oponga con los resultados obtenidos mediante otros métodos de investigación, en el marxismo, el método científico utilizado, es decir el *materialismo histórico y dialéctico*, es único, vale para cualquier género de investigación histórica y social, pasada, presente o futura, determinando su famosa *invariancia* porque las leyes históricas que están en la base del devenir social llevan el desarrollo histórico de la sociedad humana a un único y necesario fin: la superación de la sociedad dividida en clases por una sociedad sin clases, la superación, por lo tanto, del capitalismo por una sociedad comunista en la cual los antagonismos de clase desaparecerán del todo en cuanto que serán completamente destruidas las bases económicas y materiales sobre las cuales se sustentan: el modo de producción capitalista con su propiedad privada sus mercancías, su capital, su apropiación privada del producto social, su trabajo asalariado. Para permanecer en el campo político, la superación de la sociedad dividida en clases no puede llegar si no es siguiendo las leyes históricas del desarrollo de las sociedades humanas —de su formación primitiva a su división más avanzada y simple, es decir al capitalismo— con sus luchas, sus guerras, sus revoluciones, siguiendo el curso histórico descubierto por el marxismo y según el cual estos son factores económicos, sociales, políticos, de la nueva sociedad, si se desarrollan lo suficiente y hasta el punto de mover la lucha entre las clases para una revolución general de la sociedad que dará lugar a la sociedad nueva, más avanzada y desarrollada.

Es por esta razón que el socialismo científico (Engels, *Del socialismo utópico al socia-*

lismo científico) no podía nacer si no es en el periodo histórico en el cual los factores económicos, sociales y políticos habían producido el mejor y más avanzado resultado sobre el plano económico, social y político, y por lo tanto sobre el plano del pensamiento: el marxismo, el sucesor legítimo de lo mejor de todo aquello que la humanidad ha creado durante el siglo XX: la ideología alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés (Lenin, *Karl Marx*) Y buscando permanecer en el ámbito de la evolución del «pensamiento», por lo tanto de la «filosofía» (que el marxismo ha superado) es cierto que, sobre el plano filosófico, la dialéctica hegeliana es la más completa, la más profunda y la más rica en doctrina de la evolución respecto a todas las demás doctrinas ligadas a la revelación o a la especulación, pero pese a que haya sido la más completa y profunda, el marxismo es el único que ha desarrollado la parte «más revolucionaria», es decir aquella parte según la cual el mundo «no debe ser concebido como un complejo de cosas dadas, sino como un complejo de *procesos*, en el cual las cosas aparentemente estables, no menos que sus reflejos intelectuales en nuestra cabeza, los conceptos, atraviesan un ininterrumpido proceso de origen y de decadencia [...] del devenir y de la muerte» (Engels, *Anti-dühring*) La dialéctica es, según Marx y Engels, la ciencia de las leyes generales del movimiento [*el movimiento es la forma de existencia de la materia*] por ello tanto del mundo externo como del pensamiento humano».

Transfiriendo la dialéctica marxista sobre el plano de los fenómenos sociales, el marxismo —en su concepción materialista de la historia —basada sobre la concepción de leyes objetivas del desarrollo del sistema de relaciones sociales y de sus raíces en el nivel de desarrollo de la producción material alcanzado, y sobre la acción de las masas de población movidas por los cambios violentos de sus condiciones de vida. El marxismo, afirma Lenin (*Karl Marx*) «ha abierto la vía a un estudio universal, completo, del proceso de origen, de desarrollo y de decadencia de las formaciones económico-sociales, considerando el *conjunto* de todas las tendencias contradictorias, reconduciéndolas a las condiciones exactamente determinables de vida y de producción de las diferentes clases de la sociedad, eliminando lo subjetivo y lo arbitrario en la elección de ideas singulares «directivas» o en su interpretación, descubriendo en las condiciones de las fuerzas materiales de producción las *raíces* de todas las ideas y de todas las diferentes tendencias sin excepción alguna»

De todo esto se deriva la conclusión marxista de la inevitable transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, transformación debida materialmente a las leyes económicas que regulan el propio movimiento de la sociedad burguesa; las bases materiales principales de este desarrollo histórico inevitable están precisamente en la socialización del trabajo que, con el desarrollo del capitalismo industrial y financiero, ha alcanzado niveles altísimos, determinando a su vez la agudización cada vez más fuerte de las contradicciones principales de la sociedad contemporánea: por un lado, producción social cada vez más ampliada, por el otro, apropiación privada de la producción social. Una producción social que encuentra como actor principal a la clase del proletariado —la masa de los trabajadores asalariados— que, en la lucha contra la clase burguesa, no pueden sino elevarse al nivel de la lucha política poniendo inevitablemente el problema del poder político y de la revolución para su conquista. Negar el materialismo histórico y dialéctico, significa negar las conclusiones a las cuales ha llegado el mar-

(sigue en pág. 18)

Dos nuevas ediciones...

(viene de la pág. 17)

xismo, es decir, al dato histórico que la sociedad capitalista, alcanzado su grado de desarrollo más alto, va inexorablemente hacia su necesario «contra desarrollo» que empuja a la clase dominante burguesa —como en su momento a la feudal aristocrática— al conservadurismo y a la reacción anti histórica; por ello deberá ser completamente batida como clase dominante y la única clase social que puede hacerlo es la de los productores asalariados, la clase de los proletarios, de los sin reserva y de los sin patria.

«Del marxismo se toma todo o no se toma nada; no se puede coger un trozo, un concepto y utilizarlo en apoyo de tesis que no ponen en discusión las bases materiales de la sociedad dividida en clases, y en particular de la sociedad capitalista. Esto sería trastornar completamente el marxismo, plegándose a las más diversas «interpretaciones» y a las exigencias de conservación burguesa, como han hecho y continúan haciendo las escuelas oportunistas que han aparecido sobre la escena histórica desde los tiempos de Marx y Engels para continuar en los tiempos de Lenin y así hasta nosotros».

Fuera queda la invariancia de los postulados defendidos durante toda su vida por ambos revolucionarios (y, ni que decir tiene, por aquellos que como Lenin vinieron después a continuar exactamente sobre el mismo hilo del tiempo), la defensa intransigente que realizaron de puntos como la destrucción del Estado burgués, la necesidad de la lucha de clase revolucionaria y, por lo tanto, del propio partido de clase como órgano político de esta, la justa ubicación de la lucha proletaria sobre el terreno de la defensa de sus intereses inmediatos, etc. El marxismo se ha convertido, en estas manos, en un matiz dentro de la gran oración de pleitesía que se entona ante el régimen burgués, cuyas exigencias básicas no se cuestionan y cuyo desarrollo posterior simplemente se pone en cuestión aludiendo a problemas formales como la «falta de democracia», el «desarrollo sostenible», etc.

Es cierto que el problema de la adulteración del marxismo revolucionario no es algo nuevo. Con cada oleada de la contrarrevolución, cada vez que el movimiento de clase del proletariado ha sido abatido en su intento de destruir el régimen burgués tomando el poder y poniendo todos los medios disponibles para la lucha contra el enemigo de clase, una profunda revisión de los postulados del marxismo ha tenido lugar. Así sucedió tras la caída de la Comuna de París, cuando la perspectiva de la lucha insurreccional por la destrucción del Estado burgués y la instauración de la dictadura del proletariado, fue cuestionada a manos de la corriente oportunista que encabezaba Bernstein y que demostró ser capaz de infectar a buena parte de los partidos socialdemócratas de toda Europa y América. También sucedió de esta manera tras la derrota de la Revolución bolchevique: a esta, que representó el punto álgido de la lucha revolucionaria del proletariado, le siguió no sólo la exterminación física de los militantes marxistas a manos de la contrarrevolución estalinista, sino también todo un trabajo de demolición de los puntos teóricos que la experiencia revolucionaria de octubre había clarificado (la cuestión del partido comunista y su relación con la clase, el Estado) Se puede afirmar, de hecho, que cuanto más intensos han sido los envites del proletariado, más intensos han sido igualmente los efectos de la contrarrevolución sobre todo el edificio teórico y político del marxismo. Si a la Comuna le siguieron casi cincuenta años de

espera para que la clase proletaria volviese a intentar el asalto a los cielos y durante los cuales tan sólo pequeñas facciones organizadas dentro de los partidos socialdemócratas mantuvieron vivas las posiciones del marxismo no corrompido, a la derrota de los bolcheviques le han seguido ya casi cien años y, durante ellos, esta vez, han sido poquísimos los elementos que han dedicado el trabajo necesario a restablecer el marxismo sobre sus bases correctas.

No es el momento de entrar a enumerar cuáles son los puntos centrales de este trabajo que la Izquierda Comunista de Italia ha llevado a cabo durante décadas, ni de hacer una exposición de los elementos básicos del marxismo sobre los diferentes terrenos que este aborda (económico, político, «filosófico»). Pero, a tenor de la reedición de la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels, conviene recordar una cuestión vital que se refiere a la condición del marxismo como doctrina revolucionaria integral y de la que Engels da una visión clarísima: el marxismo no es una corriente de opinión, no es una ideología que, entre otras muchas, pueda explicar algunos aspectos de la sociedad y de su desarrollo mientras deja otros tantos de lado y a merced del trabajo de otras escuelas de pensamiento. El marxismo es una perspectiva acerca de todos los puntos centrales que caracterizan la sucesión histórica de los diferentes modos de producción (y por lo tanto de las sociedades que aparecen con ellos) y muy especialmente del conjunto de características que determinan la existencia y el desarrollo del modo de producción capitalista, de la sociedad burguesa ligada a este y, por supuesto, de su futura destrucción. Por lo tanto el marxismo no sólo comprende una explicación de la producción y distribución de la riqueza en las sociedades humanas, sino también todos los efectos derivados de esta producción y de esta distribución en forma de fenómenos ideológicos, religiosos, institucionales. Entiende y explica no sólo la producción de un plusvalor que se apropia la clase social dominante, sino que vincula a este hecho, fuente de la primacía social de esta clase, la aparición de la familia, del Estado, del pensamiento en sus más variadas formas, incluyendo la ciencia, de los dogmas, las tradiciones y las costumbres comúnmente aceptados, etc. El marxismo es, utilizando un término demasiado vago, toda una cosmovisión social de la que no escapa nada. Es normal que en la época del relativismo, una doctrina social que también pretende abarcar todas las manifestaciones de la existencia humana, exponer el carácter cuasi dogmático del marxismo haga rechinar los dientes a más de uno, especialmente a más de uno de los que se incluyen entre los engendros de la sobreproducción universitaria de licenciados y doctores, pero lo cierto es que todo el objetivo tanto de Marx y de Engels como de Lenin o de la Izquierda Comunista de Italia en su trabajo de restauración del marxismo sobre sus fundamentos correctos, estriba en mostrar que la ciencia social del proletariado, la doctrina del comunismo revolucionario, no es indiferente a ninguna de las variables que aparecen en la vida social.

Por ello Engels, en los años que van de 1875 a 1882, es decir justo después de la derrota de la Comuna y durante la primera década de un periodo de reacción triunfante, volvió sus esfuerzos teóricos no a intentar crear un sistema ideológico que insufle nueva actividad a la clase a los vencidos (esta actividad retornaría, de eso estaba seguro) sino a sistematizar la concepción materialista tanto de la historia de la evolución social humana (*El papel de la mano en la transformación del mono en hombre*) como de las ciencias naturales (todos sus estudios sobre física, química, biología...) o de las cuestiones centrales del método anti-idealista. Exactamente

por el mismo camino que Marx emprendió con sus estudios matemáticos, el objetivo de Engels era mostrar que la *ideología dominante es la ideología de la clase dominante* también sobre el terreno de la ciencia que se considera «pura y aséptica». El combate teórico, combate que es llevado a cabo por el partido marxista junto con los que se libran sobre el terreno económico y político, ocupa un lugar preeminente precisamente en los momentos de máxima intensidad de la reacción contrarrevolucionaria porque es entonces cuando la fuerza combinada de la burguesía y de sus aliados dentro de la clase proletaria ejerce más presión para lograr desbancar a la clase proletaria no sólo de las posiciones ganadas en la guerra de clase y que se refieren a cuestiones políticas centrales (la naturaleza misma de esta guerra, la función de la clase proletaria constituida en partido en ella... por nombrar sólo las esenciales) sino también de sus conquistas dentro del terreno teórico. Es sabido que, después de la contrarrevolución que siguió a las jornadas de junio de 1848, la burguesía francesa, por tradición ilustrada, iluminista y anticlerical, se volvió hacia la fe católica con un vigor redoblado: el miedo al proletariado le hizo abrazar cualquier resto de conservadurismo social que aún se mantuviese en pie. Exactamente igual, después de la Comuna de París las burguesías de todos los países resucitaron no sólo el espectro religioso, sino también la especulación metafísica sobre el contenido de las ciencias naturales que parecían correr parejas y en el mismo sentido que la lucha de clase del proletariado en la medida en que ambas ponían en cuestión la inmutabilidad del orden burgués y todas sus concepciones. Contra esa reacción vuelve Engels sus fuerzas plenamente consciente de que era imprescindible mostrar que, incluso en los periodos más negros, las perspectivas del marxismo revolucionario no se fundan ni en empeños morales acerca de la condición «rendidora» del proletariado ni en recursos activistas que hagan remontar a este más rápido el abismo en el que se encuentra: es el inquebrantable determinismo histórico, cuya constatación no se encuentra sólo en el estudio de la propia historia sino en la evidencia que de él da el propio desarrollo científico, el que volverá a arrojar al proletariado al escenario de la guerra abierta contra su enemigo de clase. Y que, por lo tanto, la tarea primordial de los marxistas es mantener vivo el patrimonio teórico que los desgarramientos sociales han generado y cuyo receptor es la clase proletaria.

La *Dialéctica de la naturaleza* es un texto dirigido al combate contra toda una concepción general del mundo que se concreta en la manera de abordar el trabajo científico. Los desarrollos en el terreno de la mecánica, de la física, de la química o de las matemáticas aparecieron de la mano de la burguesía revolucionaria que, con ellos, no sólo creaba las posibilidades técnicas para el desarrollo de la producción social a gran escala, sino que también descubría un método racionalista que ponía en jaque las verdades conservadas y utilizadas como armas durante décadas por las clases nobles y su Iglesia. A la vez que el desarrollo del capitalismo llevaba hasta sus últimas consecuencias la revolución de las relaciones de producción y colocaba en el poder a la clase burguesa, desarrollaba una doctrina científica que, al margen de su concreción en cada uno de los campos de aplicación, se caracterizaba por la progresiva eliminación de resabios teológicos a la hora de abordar cualquier problema. Tanto en el campo inicial de la crítica teórica, de Spinoza a Newton, de Kant a Laplace, como en el posterior de su desarrollo especializado las fuerzas puramente «mundanas», sin origen extra terrenal, fueron colocadas en el centro de

toda la concepción científica. Pero el fin de las aspiraciones revolucionarias de la burguesía, que tuvo lugar tanto por el hecho de que en algunos países ya había alcanzado el poder como por el hecho de que, allí donde aún lo había logrado, su lucha ponía en movimiento a la clase proletaria aparecida con la industria moderna, trajo también el fin de toda lucha revolucionaria sobre el terreno de la crítica teórica y del trabajo científico. El propio materialismo histórico es un producto de las corrientes más importantes del pensamiento burgués de la época (la filosofía clásica alemana, la doctrina política francesa y la economía política británica) y representa, sobre el terreno social, el mismo tipo de avance que las ciencias naturales habían dado sobre el terreno de los fenómenos físicos. Pero con la diferencia de que estas últimas fueron un arma de combate de la burguesía que, al ser esgrimida, representó un factor de progreso no sólo para la clase burguesa, sino para el conjunto de la especie humana, mientras que el materialismo histórico, punto nodal de la ciencia social, fue un desarrollo exclusivo de la clase proletaria (al margen del origen social de sus personajes más destacados), única que representaba ya la fuerza progresiva capaz de hacer avanzar a la humanidad incluso sobre el terreno científico. Junto con el desprecio que los sabios burgueses sentían hacia el materialismo histórico sobrevino el pánico al monstruo que sus antepasados habían creado y comenzó todo un periodo de combate para demoler la teoría que estos habían defendido. Igual que en economía se pasó de la teoría del valor-trabajo de Smith y Ricardo a la del valor subjetivo de Walras y Jevons, en el terreno de la física se volvieron a abrazar postulados kantianos dejados atrás hacía décadas. Y con esta oleada de reacción, a lo largo de diferentes décadas, todas las conquistas teóricas de la burguesía pasaron a la clase proletaria mientras que, en el bando del enemigo, reaparecieron todos los fantasmas y misterios que pretendían haber desechado.

El libro de Engels se dirige precisamente contra estos fantasmas, que hoy están mucho más presentes después de décadas de contrarrevolución permanente de lo que lo estaban entonces. Pero lo hace sin renegar de la inmensa fuerza social que les dio lugar ni de los logros que esta alcanzó en su momento. Lo hace para mostrar a la clase proletaria que la condición de su triunfo es ser capaz de seguir, de manera intolante, áspera y dura, el camino que le indica la moderna ciencia social, el marxismo revolucionario, combatiendo también y sobre todo contra las doctrinas científicas de la burguesía que, sobre el terreno del pensamiento «puro», constituyen la punta de lanza de la reacción y la contrarrevolución. La *Dialéctica de la naturaleza* exige, para el marxismo, la condición de único heredero de la potencia revolucionaria que el pensamiento burgués encarnó hace doscientos años y lo hace mostrando cómo esta condición se basa en que es la única corriente que lucha sobre la totalidad de los frentes abiertos y en todos ellos con un mismo objetivo, combatiendo tanto la regresión de los antiguos luchadores a posiciones de cómodo abrigo reaccionario como a los vendedores de la novedad relativista, que pretenden haber tocado la cima del desarrollo intelectual y mostrado que, desde allí, todo lo que se ve son brumas. La *Dialéctica* es parte de una lucha que, finalmente, con el triunfo de la clase proletaria sobre el mundo burgués, no sólo abrirá las puertas del desarrollo material armónico sino también al progreso de la verdadera ciencia de la especie humana, liquidados por fin los espectros religiosos y las hadas de la llamada postmodernidad.

Lee EL PROLETARIO

En una entrevista publicada poco antes de las pasadas elecciones generales, Alberto Garzón, jefe del Partido Comunista de España y diputado por Podemos-UP, a una pregunta sobre sus lecturas habituales declaró que había leído el *Manifiesto Comunista* entero dos veces y que, además, ¡jademás! lo había utilizado muchas otras para sus trabajos académicos. La respuesta da idea del grado de degradación al que han llegado los epígonos del estalinismo, que presumen incluso de su propia incapacidad haciéndola pasar por virtud.

Recordamos (sin nostalgia) los tiempos en que los líderes intelectuales del estalinismo sí habían leído a Marx y Engels. Por lo menostanto como les era necesario para luchar contra ellos día a día. Entonces los grandes tergiversadores, los popes ideológicos que realizaban la tarea de falsificación y corrupción de las posiciones del marxismo revolucionario, lo primero que hacían era mostrarse a sí mismos como los verdaderos conocedores de esta doctrina y como sus únicos intérpretes. Para ello, claro, tenían que leer más de dos veces. Y esto en España, país tradicionalmente poco dado a la lectura y mucho menos entre los capítostes políticos. Piénsese en Alemania o Italia, países donde aquellos que encabezaron la lucha contra revolucionaria sobre el plano teórico, partícipes de la socialdemocracia o del estalinismo, tenían la talla de un Kautsky o un Gramsci.

La afirmación de Alberto Garzón, que debe ser de las pocas que hace sin mentir, da noción no sólo de la talla del personaje, por lo demás incapaz incluso de dirigir un partido en declive como Izquierda Unida, sino del profundo abismo en el que ha caído la clase proletaria. En su momento, cuando los intelectuales del partido estalinista debían hacer un esfuerzo por reconstruir a gusto de la burguesía las posiciones del marxismo, debían esforzarse para ello en la medida en que estas todavía no habían sido arrancadas de entre los proletarios: eran tiempos en los que en la vida social del proletariado no se había podido falsear la realidad del enfrentamiento con su enemigo de clase y, por lo tanto, era más difícil hacer pasar el blanco por negro sin esperar que algún sobresalto en forma de lucha, de enfrentamiento con la burguesía, etc. pusiera de relieve la mentira.

Hoy, a la traición de las diferentes oleadas oportunistas, a la traición socialdemócrata, estalinista y a todos sus derivados, se les añade el hecho

de que aquellos en quienes estas se personifican creen que no necesitan un sistema de mentira y falsificación tan desarrollado. Sus propios jefes se enorgullecen de haberse librado incluso del dogmatismo que en su momento criticó al «dogmático marxismo». Y dicen hablar, sólo, de lo que «la gente» piensa, «la gente» vive o «la gente» hace. En fin, le dicen al proletariado que ya ni siquiera es necesario hacer el esfuerzo de estudiar el marxismo para poder extraer «lo bueno» (desechando lo malo, se entiende) que pudo tener, que bastan dos lecturas para entresacar lo útil y que más sería demasado, por difícil y tedioso.

Tras esto se esconde una doble función de su rol de jefes de la alianza oportunismo-burguesía: por un lado presentan al marxismo como una compleja teoría cultural que tiene su sitio

(sigue en pág. 20)

«Il Comunista» Nr. 150, Settembre 2017 Nell'interno

- Di nuovo America e Corea?
- Il Brasile tra crisi economica, rivalità politiche e lotta di classe
- Lo stupro del territorio in un'Italia idrogeologicamente e morfologicamente fragile ha fatto registrare altri disastri e altri morti. L'interesse capitalistico alimenta ed amplifica le continue catastrofi che punteggiano la storia di questa società. Solo la classe dei senza riserve, la classe del proletariato, con la sua lotta anticapitalistica è in grado di fermare i continui disastri ambientali e umani!
- Nuove disponibilità nel sito di partito www.pcint.org
- Nello sforzo comune di difendere la teoria marxista e il patrimonio politico della Sinistra comunista, proseguiamo il lavoro di assimilazione teorica vitale per il partito. La rivoluzione proletaria è internazionale e internazionale sarà la trasformazione socialista dell'economia. (Resoconto sommario della riunione generale di Milano del 17-18 dicembre 2016) (3)
- A cent'anni dalla prima guerra mondiale. Le posizioni fondamentali del comunismo rivoluzionario non sono cambiate, semmai sono ancor più intransigenti nella lotta contro la democrazia borghese, contro il nazionalismo e contro ogni forma di opportunismo, vera intossicazione letale del proletariato. Il socialismo di ieri dinanzi alla guerra di oggi (7)
- L'antimilitarismo rivoluzionario nel solco della continuità teorica e politica del marxismo
- Sul filo del tempo. Spazio contro cemento
- Un nuovo opuscolo di partito: «Marxismo e classi medie»
- «Troppi migranti... chiudere il Mediterraneo!»

Giornale bimestrale - Una copia 1,5 €, 5 FS, £ 1,5 - Abbonamento: 8 €, 25 FS; £ 6 - Abbonamento di sostegno 16 €, 50 FS; £ 12.

LEE EL PROLETARIO

(viene de la pág. 19)

en las universidades, entre especialistas de sociología, economía, historia o filosofía. Por otro lado, piensan que, incluso para ellos, para su trabajo diario entre los proletarios, basta con aprender dos o tres lecciones básicas en las aulas para presentar unas fórmulas aguadas y suavizadas. Lo cierto es que con esto les basta y ellos mismos no suelen ser personas muy laboriosas más allá del fascinante mundo del politiquero personalista.

Pero el marxismo no es un perro muerto, por mucho que estos señores se esfuerzan, una y otra vez, por encerrarlo en el desván. El marxismo no son dos autores fallecidos que pensaron mucho y muy bien pero cuyo tiempo acabó ya. Tampoco es una doctrina universitaria que pueda usarse a gusto del profesor de turno para ganarse la cátedra y, de paso, la admiración bobalicona de los alumnos. Y el marxismo, por supuesto, no es una corriente cultural que explique algunas cosas de la sociedad moderna y que pueda ser completado a gusto del escritor de turno.

Como decimos en este mismo número, siguiendo a unos grandes marxistas, *el marxismo es la ciencia que estudia las condiciones de emancipación*

del proletariado. Como tal ciencia, debe ser leída, estudiada, trabajada. Ciertamente esto hoy no es sencillo. A la escasez de textos y libros que perpetúan las editoriales que tradicionalmente editan a Marx, Engels o Lenin, se suma la abrumadora cantidad de explicaciones, resúmenes, estudios... sobre algún punto del marxismo que el autor considera demasiado difícil para que otro que no sea él pueda entenderlo y sobre el cual pretende construir una teoría propia e innovadora. Con lo cual todo se presenta como un inmenso borrón a través del cual a los proletarios les resulta sumamente difícil orientarse.

Pero estas son dificultades características de una sociedad en la cual la clase dominante combate contra la clase sometida no sólo sobre el terreno físico, práctico, diario, en el cual le somete a mil y una restricciones, a mil y una regulaciones y humillaciones para poder extraer de ella su riqueza. También combate contra ella sobre el terreno teórico, desvirtuando, falsificando, escondiendo detrás de montones de sin sentidos a la que ha sido, es y será la teoría del combate proletario. Son dificultades sobre las que los proletarios deben levantarse. Obstáculos que deben vencer. Y no es sencillo. Estudiar el marxismo implica un esfuerzo que muchas veces es muy complicado llevar a cabo. Implica, para empezar, vencer los espantosos ritmos de una sociedad que ve en la capacidad física e intelectual de cada uno únicamente fuerza de trabajo que explotar; vencer por tanto la inercia, el cansancio, la pereza, que horas y horas al día de trabajo asalariado dejan en el cuerpo del proletario. Implica también vencer a toda una corriente ideológica que se ofrece la primera a los proletarios que logran levantar la mirada más allá del suplicio del día a día. Esta corriente le presenta la ideología burguesa y sus instituciones como la verdadera vía de emancipación, como la manera de lograr un trabajo mejor, un cierto nivel de conocimientos, un nombre y un prestigio. Muchos proletarios que pueden librarse, aun mínimamente, de ser tan sólo mano de obra, se agotan hoy en esta vía estéril, individualista y anodina y acaban con un cerebro sobrealimentado por la comida basura de las aulas universitarias.

Estudiar el marxismo es difícil y duro. Ya de por sí es difícil, lo sabemos, sacar el tiempo para leer y entender un periódico como este. Pero se debe a que la realidad hoy se presenta ante los ojos de los proletarios como un inmenso caos del que nada se entiende, porque se ha vertido sobre ella toneladas de falsificaciones, mentiras y medias verdades.

Igual que los «popularizadores»

del marxismo quieren hacer una versión simple y tonta de este para unas masas a las que consideran igualmente simples y tontas, nosotros podríamos hacer un periódico fácil y sencillo: nos bastaría para ello con seguir las consignas habituales del oportunismo político y sindical, que siempre son fáciles y sencillas precisamente porque van a favor de la corriente. Pero la lucha de los comunistas revolucionarios, hoy, cuando las condiciones para el retorno a la lucha de clase del proletariado maduran más lentamente de lo que cualquiera desearía, tiene un campo de batalla vital sobre el terreno de la teoría. Siempre lo tendrá, es cierto, incluso en el momento en el que el proletariado se acerque a la batalla fina (¡que llegará sin duda!), pero hoy esta tarea de combate teórico es la preponderante dentro del conjunto de las que el partido debe acometer. Faltar a ella sería tanto como negarse a comenzar el camino que un día debe llevarnos a la meta.

Los proletarios que hoy, pese a todas las dificultades, buscan orientarse correctamente, buscan entender la realidad que les rodea no por afán intelectual sino para entender las condiciones en las que ya están padeciendo la guerra de clase que la burguesía les hace sin cesar, deben entender así mismo que la dificultad con la que el marxismo se presenta es proporcional a la claridad que aporta una vez se le limpia de las excrecencias que han arrojado sobre él.

Los jefes del estalinismo como Garzón, la nueva ola universitaria de los líderes de Podemos y tantos y tantos otros intelectuales de Corte, dirán continuamente a los proletarios que basta con seguirles a ellos, que basta con dejarse guiar por quienes han tenido acceso a la cultura burguesa en sus templos, para lograr algunas mejoras en sus vidas. Tanto ellos como los medios por los que intentan «renovar» el marxismo son el reflejo de la podredumbre a la que ha llegado su corriente, son la verdadera y más clara expresión de la senilidad del oportunismo.

Nosotros, a los proletarios, sólo podemos decirles una cosa al respecto: leed, estudiad, trabajad sobre la vía del marxismo revolucionario, volved a sus textos no dos sino cientos de veces, compulsadlos, verificad la corrección de sus afirmaciones en el enfrentamiento cotidiano contra el capital. Las tareas que el proletariado deberá afrontar, que a la vez que se vuelvan más complejas verán aparecer frente a ellas a elementos confusionistas mucho más preparados que los actuales, requieren de este trabajo, por difícil que hoy parezca, pero sin el cual siempre se estará a merced del primer vende humo que aparezca en la prensa.

le prolétaire

N° 525 (Juillet - Août -
Septembre 2017) :

- 1917: la lumière d'Octobre illumine
la voie de la révolution de demain

-Contre les ordonnances
gouvernementales, une seule
réponse: la lutte de classe !

- Le Brésil entre crise économique,
rivalités politiques et lutte des
classes

-Venezuela. L'Assemblée
Constituante est de la poudre aux
yeux des prolétaires

- Attentats à Barcelone. Terrorisme
djidhadiste et démocratie, deux
drapeaux de la bourgeoisie

- Quand le CCI «polémique», c'est
pour noyer le poisson!

-«L'Initiative Communiste Ouvrière»,
ou les derniers Mohicans de l'Union
de la Gauche

- Une nouvelle brochure du parti:
«Marxisme et classes moyennes»

Atentado en Barcelona:

Terrorismo yihadista y democracia, dos banderas de la burguesía

El lunes 17 de agosto una furgoneta accedía a las Ramblas, en el centro turístico de Barcelona, y arrollaba a cuantos peatones encontraba a su paso. El resultado, por ahora, es de trece muertos y más de ochenta heridos. Al poco tiempo el Estado Islámico, ISIS, reivindicaba a través de sus medios de propaganda en Internet la autoría del atentado. Algunas horas después, en Cambrils, una población de Tarragona muy visitada por los turistas durante los meses de verano, un coche deportivo se salta un control policial con la intención de acceder al concurrido paseo marítimo, la policía consiguió detenerlo y matar a los ocupantes. Según las propias fuentes policiales se trató, también, de un intento de atentado de las mismas características que el de Barcelona.

Barcelona y Cambrils se suman así a la larga lista de ciudades donde el terrorismo de matriz yihadista ha actuado en los últimos meses: Niza, Londres, París, Bruselas... y a la serie de ellas donde lo ha hecho con unos medios sumamente rudimentarios respecto a las espectaculares acciones armadas que, por ejemplo en Nueva York en 2001 o en Madrid en 2004, hace años eran el sello de identidad de este tipo de terrorismo. En esta ocasión, los medios de comunicación revelan que los supuestos autores del atentado sufrieron ellos mismos una explosión al manipular, hace pocos días, las bombonas de butano que debían utilizar en la furgoneta del atropello, destruyendo el edificio en el que preparaban su acción.

Desde el primer minuto tras el atentado absolutamente todos los medios de comunicación, representantes políticos, miembros del «mundo de la cultura y el deporte», etc. se han lanzado a proclamar a los cuatro vientos que la respuesta que la población debe dar ante este tipo de atentados es la de la «firmeza y resistencia ante el terror», el «apoyo a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado» y la «defensa de la democracia y la libertad» propias de Occidente que la «barbarie terrorista» querría destruir. Como en Londres, París, Manchester... la respuesta que de inmediato se exige a la población es la unión nacional detrás de las banderas de la democracia y la ley, la defensa por lo tanto de la patria, de sus instituciones, de sus cuerpos represivos, de sus intereses políticos y económicos dentro y fuera del territorio nacional, de su ejército destinado en Afganistán, Irak, Líbano o Etiopía para defender las exigencias comerciales de la burguesía española. La exigencia que se lanza es, por lo tanto, la de la colaboración entre clases, la de la solidaridad entre proletarios y burgueses para defender intransigentemente los intereses de estos últimos, identificados sin género de dudas con los intereses de la nación, a

la que se presenta atacada por el terrorismo.

¿Qué les queda a los proletarios después de algo así? Por un lado, los atentados del ISIS o de cualquier otro tipo de organización de origen y planteamientos pequeño burgueses, golpean indiscriminadamente a la llamada «población occidental», infunden terror y una absoluta sensación de desconcierto ante la supuesta irracionalidad de sus actos. Por otro lado la propaganda que lanza por todos los medios posibles el Estado burgués después de cada uno de estos atentados contribuye a exasperar esa sensación de terror y desconcierto para después imponer la obligación de abandonar cualquier perspectiva que no sea la de la absoluta sumisión a las exigencias de la «lucha contra el terrorismo», un eufemismo detrás del cual se esconde la ampliación de las medidas policiales contra la población civil, especialmente contra la población inmigrante africana, la restricción de las libertades más básicas, etc. Atentados y discurso anti terrorista parecen

complementarse perfectamente, sumen al proletariado, a la clase social que constituye la inmensa mayoría de la población en las ciudades golpeadas por las acciones terroristas y que por lo tanto sufren estas más directamente, en un camino que aparentemente sólo tiene un sentido: el de apoyar las exigencias del propio Estado, las acciones de castigo que este prevea, y, a más amplia escala, el de colocarse detrás de las exigencias de unidad nacional y solidaridad interclasista para aceptar cualquier exigencia hecha en nombre de la democracia y la libertad. Pero el terrorismo yihadista no tiene como objetivo de sus atentados ni atacar la democracia, ni destruir la libertad ni acabar con la llamada «manera de vivir occidental». Este terrorismo, de indudable naturaleza reaccionaria, no tiene su origen en el odio a las sociedades democráticas y constitucionales de Europa y Estados Unidos ni parte de la ira ciega hacia todo lo occidental. En primer lugar porque aparece dentro de un contexto de enfrentamientos interimperialistas en toda la zona del Próximo y Medio Oriente en el cual los grupos armados que reivindican las acciones en Europa juegan un papel como instrumentos de las grandes potencias (EE.UU., Europa, Rusia y las potencias de ámbito local que cada vez tienen una importancia mayor en el orden imperialista de estas regiones) a las cuales sirven o atacan en función de lineamientos tácticos cambiantes. Basta, para entender esta función táctica en el contexto de un enfrentamiento mayor que tienen los atentados como el de Barcelona, con

observar cómo los ataques de diverso tipo del ISIS se han recrudecido a medida que el propio Estado Islámico ha perdido buena parte del territorio que ocupaba en Irak y Siria. Según la coalición de fuerzas sirias, rusas e iraníes han avanzado por la zona sur de Siria y a medida que la llamada Coalición Internacional (EE.UU., Francia, el protectorado iraquí, etc.) ha reconquistado el terreno perdido en Irak, los ataques contra las metrópolis europeas se han recrudecido. Los atentados tienen, por lo tanto, una función militar, si bien los objetivos de estos van más allá de la mera destrucción del enemigo y pretenden jugar un papel de desestabilizador de las frágiles alianzas internacionales surgidas sobre el terreno de la guerra en el Medio Oriente.

Pero también es insuficiente decir que el terrorismo de tipo yihadista es un acto de guerra dentro de un conflicto más amplio. Es necesario afirmar la naturaleza imperialista de este conflicto, la realidad de una serie de guerras de rapiña llevadas a cabo por las principales potencias capitalistas, para mostrar que las consignas de defensa de la democracia, la paz y la libertad únicamente son argumentos para justificar los esfuerzos que se exigirán al proletariado en él.

Los miembros del ISIS que atacan a la población civil en Europa no llevan en su ADN el «odio fanático» contra Occidente. No son sus ideologías ni sus creencias religiosas las que les llevan a atentar, porque estas ideologías, tanto como la fe en el Islam, únicamente son la cobertura doctrinaria con la que se justifican los diferentes intereses económicos y políticos que realmente les mueven y a los que realmente sirven. De la misma manera que los soldados europeos y americanos en Siria, Irak, Afganistán, son imbuidos de una doctrina pseudo humanitaria, pacifista y democrática, de la misma manera que las acciones de guerra de EE.UU., Francia, Inglaterra o España son puestas bajo el paraguas de la «lucha por la libertad», a los miembros del ISIS, reclutados en Bagdad o en Ceuta, se les justifican las acciones armadas en «territorio infiel» de acuerdo a una doctrina religiosa que ofrece las mismas ilusiones de paz, libertad y fraternidad. Se suma a esto el hecho de que estos jóvenes miembros de cualquier organización armada de tipo islamista ven a diario cómo sus compatriotas, sus familiares y sus amigos, caen víctimas de las bombas o el hambre con que las potencias imperialistas que se disputan sus territorios presionan a la población, un acicate definitivo para que se encuadren en las filas del

(sigue en pág. 16)

Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional

Presentamos aquí la última edición en castellano, la traducción del texto Cuarenta años de valoración orgánica de los eventos de Rusia en el dramático desarrollo social e histórico internacional, fue publicado en el entonces periódico del partido «il programa comunista» nº 21 de 1957. De la victoria del Octubre rojo habían pasado cuarenta años y los partidos estalinistas conmemoraban la victoria del proletariado revolucionario en Rusia como el inicio de la absolutamente falsa construcción del socialismo en un solo país, jactándose de una inexistente continuidad del partido bolchevique en Rusia, en el poder en los primeros años de la vic-

toria revolucionaria bajo la guía de Lenin, y en los años sucesivos, particularmente desde 1926 en adelante, bajo la guía de Stalin. El intento del partido no era el de «conmemorar a nuestra manera» la revolución de Octubre, sino el de remachar los puntos esenciales de nuestra valoración de los eventos de Rusia desde el punto de vista marxista y revolucionario, utilizando la ocasión en la cual la atención de los proletarios era capturada por los himnos a la Rusia falsamente socialista. Este centenario que ahora cumplimos ha dado ocasión para esta traducción tan necesaria como el consiguiente balance al que responde y que sintetiza.

cínica y penosamente escuálida pero a la que había que coger por los cuernos para evitar sus reflejos desorientadores sobre el movimiento obrero y sobre su propia vanguardia.

Sería un grave error, por idéntico motivo, leer sólo un análisis de la realidad *rusa* de hoy, como puede sugerir el título: no sólo el hoy no se puede entender, desde un punto de vista marxista, prescindiendo del ayer, sino que requiere la visión anticipada en la *teoría*, lo que, concretamente, significa la perspectiva de Marx, Engels y Lenin sobre las «revoluciones dobles» en general y la rusa en particular: no hay punto de esta teorización que no se anude con la finalidad, los principios, del programa y de la táctica del partido de clase. La *Estructura* es una grandiosa reivindicación del Octubre ruso, pero lo es, al mismo tiempo, e incluso más, de los puntos cardinales de la doctrina que están en su base, de la vía prevista y preanunciada que llevó a él, de la estrategia comunista mundial en la cual, al contrario que Stalin y sus secuaces, le insertaron Lenin y los bolcheviques de los años de máximo fulgor, de la táctica rigurosamente ligada a los principios que antes y después de la toma del poder adoptaron para volverlo posible, y del fin último al cual quisieron que sirviese, no cesando nunca de remarcarlo, proclamarlo y precisararlo sobre la previsión de la teoría. Sería un grave error, por idéntico motivo, leer sólo un análisis de la realidad *rusa* de hoy, como puede sugerir el título: no sólo el hoy no se puede entender, desde un punto de vista marxista, prescindiendo del ayer, sino que requiere la visión anticipada en la *teoría*, lo que, concretamente, significa la perspectiva de Marx, Engels y Lenin sobre las revoluciones dobles en general y la rusa en particular: no hay punto de esta teorización que no se anude con la finalidad, los principios, del programa y de la táctica del partido de clase. La *Estructura* es una grandiosa reivindicación del Octubre ruso, pero lo es, al mismo tiempo, e incluso más, de los puntos cardinales de la doctrina que están en su base, de la vía prevista y preanunciada que llevó a él, de la estrategia comunista mundial en la cual, al contrario que Stalin y sus secuaces, le insertaron Lenin y los bolcheviques de los años de máximo fulgor, de la táctica rigurosamente ligada a los principios que antes y después de la toma del poder adoptaron para volverlo posible, y del fin último al cual quisieron que sirviese, no cesando nunca de remarcarlo, proclamarlo y precisararlo sobre la previsión de la teoría.

Estructura económica y social de la Rusia de hoy (1955-1957)

Como la mayor parte de los textos del partido, también este es el resultado de extensas relaciones tenidas en diversas reuniones generales del Partido. Le precedieron, entre otros, el *Diálogo con Stalin* (1952) y *Rusia y revolución en la teoría marxista* (1954-55) y le siguieron otros dos textos —reproducidos después juntos en el volumen del mismo título— *Las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia* (1955) y *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea* (1955) y los resúmenes sobre temas diversos pero relacionados como *La economía capitalista y el curso histórico de la sociedad capitalista* (1957). Como la mayor parte de los textos del partido, también este es el resultado de extensas relaciones tenidas en diversas reuniones generales del Partido. Le precedieron, entre otros, el *Diálogo con Stalin* (1952) y *Rusia y revolución en la teoría marxista* (1954-55) y le siguieron otros dos textos —reproducidos después juntos en el volumen del mismo título— *Las grandes cuestiones históricas de la revolución en Rusia* (1955) y *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea* (1955) y los resúmenes sobre temas diversos pero relacionados como *La economía capitalista y el curso histórico de la sociedad capitalista* (1957).

El texto, como todos los del partido, no nació como «producto» del pensamiento de un estudioso y en un ascético aislamiento de un laboratorio de análisis, sino como arma de batalla en una lucha que era de reconstrucción y defensa de la teoría marxista pero que se desarrollaba —como acaece en cada episodio de la lucha de partido—

en el ambiente vivo de una polémica sobre todos los frentes con doctrinas y subdoctrinas, escuelas y corrientes adversas, y en el ámbito de una organización —minúscula, cierto, pero vigorosa por estar ligada a una tradición secular— de *militantes*. No podía, por lo tanto, no articularse en un camino accidentado de paradas y reanudaciones, avances y retrocesos, reclamos al pasado y escaramuzas con el presente, y no dirigir a cada paso el «arma de la crítica» contra las miles de sugerencias de una «actualidad» sin duda contra revolucionaria, y como tal cínica y penosamente escuálida pero a la que había que coger por los cuernos para evitar sus reflejos desorientadores sobre el movimiento obrero y sobre su propia vanguardia. El texto, como todos los del partido, no nació como producto del pensamiento de un estudioso y en un ascético aislamiento de un laboratorio de análisis, sino como arma de batalla en una lucha que era de reconstrucción y defensa de la teoría marxista pero que se desarrollaba —como acaece en cada episodio de la lucha de partido— en el ambiente vivo de una polémica sobre todos los frentes con doctrinas y subdoctrinas, escuelas y corrientes adversas, y en el ámbito de una organización —minúscula, cierto, pero vigorosa por estar ligada a una tradición secular— de *militantes*. No podía, por lo tanto, no articularse en un camino accidentado de paradas y reanudaciones, avances y retrocesos, reclamos al pasado y escaramuzas con el presente, y no dirigir a cada paso el armadela crítica contra las miles de sugerencias de una actualidad sin duda contra revolucionaria, y como tal

(...) La revolución rusa en sus aspectos sociales se desarrolló en las líneas de una revolución democrático-burguesa; el paso de esta a la revolución proletaria con sus caracteres económicos específicos no podía tener lugar sino a continuación de la revolución europea. Lenin antes de morir enunciaba la condición teórica e histórica; quien vive hoy denuncia el hecho. El paso no ha tenido lugar. Pero en los aspectos *políticos* ha tenido lugar la contrarrevolución; derrota mucho más grave que aquella del repliegue sobre formas económico-sociales presocialistas, algo entonces defendido por Lenin (Ver la NEP y *Sobre el impuesto en especie*) El gran arranque revolucionario del cual Lenin era el defensor más tenaz y con más amplias miras naufragó contra los escollos del oportunismo y de la contrarrevolución burguesa. No los veinte años de buenas relaciones con los campesinos anunciados por Lenin, si bien no escondió el hecho de que «es difícil regirse por la confianza en los campesinos hasta la victoria de la revolución socialista en los países más avanzados» como escribía en su último artículo *Mejor menos pero mejores* del 2 de marzo de 1923; no los cincuenta

años de resistencia proletaria a la contrarrevolución burguesa prospectados por Trotsky en defensa de la revolución rusa e internacional, contra la jauría estaliniana que le acusaba de no ser un buen comunista porque era contrario a la «construcción del socialismo en Rusia»: la no homogénea formación de los partidos comunistas en Europa y la fuerza aún formidable del oportunismo socialpatriota, nacionalista y democrático sobre las masas proletarias europeas, serán potentes obstáculos a la revolución proletaria y a su dirección por parte de la Internacional Comunista, fuerte y sólida en las bases teóricas y programáticas de su fundación, pero expuesta a influencias nefastas sobre el terreno de la táctica y de la organización.

La *Estructura* afronta todos los diferentes aspectos del crucial nodo histórico del abarquillamiento de la revolución en Rusia, con la consecuente degeneración del partido y pase del Estado, de potente instrumento de control revolucionario a instrumento de victoria de la contrarrevolución burguesa, y de la crítica cerrada del

falso socialismo «edificado» en Rusia. Balance dinámico de importancia fundamental, la *Estructura*—si bien está compuesta por muchos semi-trabajos, como los llamaba Amadeo Bordiga— es un texto indispensable para la respuesta a las más diversas preguntas acerca de por qué la revolución venció y sobre el *por qué Rusia no ha sido socialista*.

el proletario
partido comunista internacional (el programa)

**Cuarenta años
de valoración
orgánica de los
eventos de Rusia
en el dramático
desarrollo social
e histórico
internacional**

Octubre de 2017 3

(viene de la pág. 21)

ejército local que les promete revertir esta situación con su victoria. Por su parte los proletarios europeos ven cómo las ciudades que habitan son colocadas en el objetivo de los ataques terroristas, de la misma manera que, anteriormente, vieron en esta situación a Bagdad, Damasco o Kabul. Y ven, inmediatamente después, caer sobre sus cabezas la tormenta de argumentos patrióticos y bélicos con que sus respectivas burguesías se esfuerzan por hacerles aceptar y apoyar los esfuerzos y sacrificios que se les requerirán en nombre de la democracia. Claro que hoy estas consignas ya no tienen el rancio olor militarista de tiempos pasados sino que están revestidas de las palabras tolerancia, integración, solidaridad... Pero, a fin de cuentas, llevan al mismo punto. La población de Barcelona o de Manchester es colocada, irremediabilmente, en la tesitura de «decidir» entre el «terror» de las furgonetas en las Ramblas y de las bombas en los conciertos o el «apoyo» a todas las medidas que sus gobiernos y Estados decidan tomar. El resultado es el mismo en cualquier región del mundo. Tras la bandera del Islam y la justicia para sus pueblos o tras la bandera de la democracia y la libertad, de manera fulminante en un caso y lentamente en el otro, los proletarios van siendo preparados para asumir definitivamente la defensa de la nación, de los intereses de la burguesía que son presentados como

comunes para toda la población. Y todos, desde el gobierno hasta la oposición de izquierdas pasando por la monarquía, promueven este encuadramiento. Porque a medida que los conflictos interimperialistas se agudicen, a medida que el Medio Oriente sea cada vez más terreno de una serie de guerras abiertas entre las principales potencias, a medida que el resto del mundo se vea también colocado en el punto de mira de esta de estas potencias, el control sobre los proletarios de todos los países será cada vez más necesario. La ideología nacional, la defensa del país, de la economía patria, de la «libertad» o de los valores de justicia social del Islam serán esgrimidos como excusa indispensable para movilizar al proletariado para la guerra. Porque en esta guerra se exigirá al proletariado que haga, una vez más, de carne de cañón. Como ya sucedió en las dos guerras mundiales para los proletarios de Europa y Estados Unidos y en la serie de guerras locales que han tenido lugar desde entonces para los proletarios del resto del mundo, será la clase trabajadora la que pondrá la sangre para que la burguesía de sus naciones logre sus objetivos políticos, económicos y militares.

Los atentados de Barcelona, como antes los de Bruselas, Londres, Manchester o Niza, enseñan al proletariado el horror y la barbarie que se vive a diario en las calles de los países del Medio Oriente, donde grupos como ISIS o Al Qaeda se unen a diario a las acciones de los gobiernos locales y de las potencias

imperialistas. Pero también les enseñan la fortísima presión que se ejerce sobre ellos para que dirijan el odio y la rabia que les provoca su situación hacia objetivos vinculados a la guerra entre diferentes burguesías. Para acabar con esta realidad, sin embargo, el proletariado no puede poner ninguna esperanza en la colaboración de clases con la burguesía, en aceptar sus consignas y librar junto a ella una guerra en nombre de la «democracia y la libertad». Para liquidar el horror y la barbarie que cada vez tocan más de cerca a las ciudades europeas, el proletariado debe romper con la unión nacional, debe rechazar la política de colaboración entre clases a la que lleva décadas sometido. Sólo la lucha de clase, llevada a cabo en primer lugar contra la propia burguesía, puede romper con el cerco que atrapa los problemas de supervivencia que sufren cada vez de manera más aguda los proletarios de todo el mundo en la lógica del enfrentamiento entre naciones, razas y religiones. Sólo la lucha dirigida a liquidar definitivamente la sociedad capitalista puede acabar a la vez con toda explicación étnica o teológica de la verdadera miseria del proletariado y de las masas oprimidas del mundo. Mientras esta no vuelva a aparecer sobre el escenario, se puede tener por seguro que la sociedad burguesa sólo producirá miseria y barbarie.

18.08.2017

Partido Comunista Internacional

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

PARTIDO Y CLASE

Sumario

- Nota preliminar
- Prefacio (Del prefacio de la edición en español de 1974)
- Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (Resolución del IIº Congreso de la Internacional Comunista, 1920)
- Partido y clase (De Rassegna Comunista, año I, nº 2 del 15 de abril de 1921)
- Partido y acción de clase (De Rassegna Comunista, nº 4, 31 de mayo 1921)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

Correspondencia

España : Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid
Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano
Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07
Suiza : La dirección se modificará pronto. Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

El programa del Partido Comunista Internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Livorno con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñoburguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.